

E. P. THOMPSON

# COSTUMBRES EN COMÚN

CRÍTICA

GRIJALBO MONDADORI  
BARCELONA

*A Martin Eve,  
un tipo nada común*

cultura Libre

Título original:

CUSTOMS IN COMMON

The Merlin Press, Ltd., Londres

Traducción castellana de JORDI BELTRAN y EVA RODRÍGUEZ

Revisión de ELENA GRAU

Cubierta: Enric Satué

© 1991: E. P. Thompson

© 1995 de la traducción castellana para España y América:

CRÍTICA (Grijalbo Mondadori, S.A.), Aragó, 385, 08013 Barcelona

ISBN: 84-7423-628-2

Depósito legal: B. 394-1995

Impreso en España

1995. - NOVAGRÁFIK, Puigcerdà, 127, 08019 Barcelona

el cercamiento como un *buonaparte* nada deja que permanezca;  
 arrasó todos los arbustos y árboles y niveló todas las colinas  
 y colgó a los topos por traidores... aunque el arroyo corre todavía  
 su corriente desnuda es fría.<sup>217</sup>

Los viejos lugares conocidos de la visita de inspección de la parroquia han desaparecido y aquel universo entero de costumbre es ahora sólo un recuerdo en la cabeza del poeta. La *gentry* había llevado a cabo el último y más precipitado episodio de cercamientos durante las guerras con los franceses, con el grito de «¡Que viene Bony!», y había acosado a sus adversarios en el país con sus Asociaciones para la Protección de la Propiedad contra los Republicanos y los *levellers*. En la palabra «nivelado», Clare vuelve el mundo de la *gentry* al revés y revela su parte inferior de codicia y represión. Tal como el *cottager* de Maulden le dijo a Arthur Young en 1804, «El cercamiento era peor que diez guerras». Y en los topos, colgados y «meciéndose al viento», hay probablemente una alusión —porque «Remembrances» fue escrito en 1832— a los motines del capitán Swing en 1830 y a las víctimas seleccionadas para el patíbulo.

No es que John Clare fuese un comunista primitivo, como tampoco lo eran los *commoners* en cuyo nombre hablaba. Contempladas desde su punto de vista, las formas comunales expresaban un concepto alternativo de la posesión, en los pequeños y particulares derechos y usos que se transmitían en la costumbre como las *propiedades* de los pobres. El derecho comunal, que en términos poco rigurosos era coincidente con la colonización, era un derecho *local*, y, por ende, era también un poder para excluir a los extraños. El cercamiento, al quitarles los terrenos comunales a los pobres, les convirtió en extraños en su propia tierra.

217. John Clare, «Remembrances». [By Langley bush I roam but the bush hath left its hill / On cowper green I stray tis a desert strange and chill / And spreading lea close oak ere decay had penned its will / To the axe of the spoiler and self interest fell a prey / And crossberry way and old round oaks narrow lane / With its hollow trees like pulpits I shall never see again / Inclosure like a *buonaparte* let not a thing remain / It levelled every bush and tree and levelled every hill / And hung the moles for traitors — though the brook is running still / It runs a naked stream cold and chill.]

\* Diminutivo de Bonaparte. (N. del t.)

#### 4. LA ECONOMÍA «MORAL» DE LA MULTITUD EN LA INGLATERRA DEL SIGLO XVIII

Al que acapare el trigo el pueblo lo maldecirá;  
 mas la bendición recaerá sobre quien lo venda.

Proverbios XI, 26

##### I

Hemos sido prevenidos, en los últimos años —por George Rudé entre otros—, contra el uso impreciso del término «populacho». Quisiera en este capítulo extender la advertencia al término «motín», especialmente en lo que atañe a los motines de subsistencias en la Inglaterra del siglo XVIII.

Esta simple palabra de cinco letras puede ocultar algo susceptible de describirse como una visión espasmódica de la historia popular. De acuerdo con esta apreciación, rara vez puede considerarse al pueblo como agente histórico con anterioridad a la Revolución francesa. Antes de este periodo la chusma se introduce, de manera ocasional y espasmódica, en la trama histórica, en épocas de disturbios sociales repentinos. Estas irrupciones son compulsivas, más que autoconscientes o autoactivadas; son simples respuestas a estímulos económicos. Es suficiente mencionar una mala cosecha o una disminución en el comercio, para que todas las exigencias de una explicación histórica queden satisfechas.

Desgraciadamente, aun entre aquellos pocos historiadores ingleses que han contribuido a nuestro conocimiento de estos movimientos populares, se cuentan varios partidarios de la imagen espasmódica.

No han reflexionado, sino de manera superficial, sobre los materiales que ellos mismos han descubierto. Así, Beloff comenta con respecto a los motines de subsistencias (*food riots*) de principios del siglo XVIII: «este resentimiento, cuando el desempleo y los altos precios se combinaban para crear condiciones insoportables, se descargaba en ataques contra comerciantes de cereales y molineros, ataques que muchas veces deben de haber degenerado en simples excusas para el crimen».<sup>1</sup> Sin embargo, registraremos inútilmente sus páginas en busca de los hechos que nos permita detectar la frecuencia de esta «degeneración». Wearmouth, en su útil crónica de los disturbios, se permite enunciar una categoría explicatoria: la «misericordia».<sup>2</sup> Ashton, en su estudio sobre los motines de subsistencias entre los mineros, formula el argumento propio del paternalista: «la turbulencia de los mineros debe, por supuesto, ser explicada por algo más elemental que la política: era la reacción instintiva de la virilidad ante el hambre».<sup>3</sup> Los disturbios fueron «rebeliones del estómago», y puede sugerirse que esto, en cierto modo, es una explicación reconfortante. La línea de análisis es: hambre-elemental-instintiva. Charles Wilson continúa la tradición: «Alzas espasmódicas en el precio de los alimentos incitaron al motín a los barqueros del Tyne en 1709 y a los mineros del estaño a saquear graneros en Falmouth en 1727». Un espasmo condujo a otro: el resultado fue el «pillaje».<sup>4</sup>

Durante décadas, la historia social sistemática ha quedado rezagada con respecto a la historia económica, hasta el momento actual en que se da por hecho que una especialización en la segunda disci-

1. M. Beloff, *Public order and popular disturbances, 1660-1714*, Oxford, 1938, p. 75.

2. R. F. Wearmouth, *Methodism and the common people of the eighteenth century*, Londres, 1945, esp. caps. 1 y 2.

3. T. S. Ashton y J. Sykes, *The coal industry of the eighteenth century*, Manchester, 1929, p. 131.

4. Charles Wilson, *England's apprenticeship, 1603-1763*, Londres, 1965, p. 345. Es cierto que los magistrados de Falmouth informaron al duque de Newcastle (16 de noviembre de 1727) de que «los revoltosos mineros del estaño» habían «irrumplido y saqueado varias despensas y graneros de cereal». Su informe concluye con un comentario que sugiere que no fueron mucho más capaces que algunos historiadores modernos en comprender la racionalidad de la acción directa de los mineros: «la causa de estos atropellos, según pretendían los amotinados, era la escasez de grano en el condado, pero esta sugerencia es probablemente falsa, pues la mayoría de los que se llevaron el grano lo dieron o lo vendieron a un cuarto de su precio». PRO, SP 36/4/22.

plina confiere, automáticamente, igual nivel de pericia en la primera. Uno no puede quejarse, por lo tanto, de que las recientes investigaciones hayan tendido a tergiversar y cuantificar testimonios que sólo se comprendían de manera imperfecta. El decano de la escuela espasmódica es, por supuesto, Rostow, cuyo tosco «gráfico de la tensión social» fue presentado en 1948 por primera vez.<sup>5</sup> De acuerdo con este gráfico, no necesitamos más que unir un índice de desempleo y uno de altos precios de los alimentos para encontrarnos en condiciones de hacer un gráfico del curso de los disturbios sociales. Esto contiene una verdad obvia (la gente protesta cuando tiene hambre); de igual manera que un «gráfico de la tensión sexual» mostraría que el comienzo de la madurez sexual puede correlacionarse con una mayor frecuencia en dicha actividad. La objeción es que este gráfico, si no se usa con discreción, puede dar por concluida la investigación en el punto exacto en que ésta adquiere verdadero interés sociológico o cultural: cuando está hambrienta (o con apetito sexual), ¿qué es lo que hace la gente?, ¿cómo modifican su conducta la costumbre, la cultura, y la razón? Y (habiendo convenido en que el estímulo primario de la «misericordia» está presente), ¿contribuye la conducta de las gentes a una función más compleja, y culturalmente mediatizada, que —por mucho que se cueza en el horno del análisis estadístico— no puede retrotraerse de nuevo al estímulo?

Son muchos, entre nosotros, los historiadores del desarrollo culpables de un craso reduccionismo económico que elimina las complejidades de motivación, conducta y función; reduccionismo que, de advertirlo en el trabajo de sus colegas marxistas, les haría protestar. El lado débil que comparten estas explicaciones es una imagen abreviada del hombre económico. Lo que es quizá un motivo de sorpresa es el clima intelectual-esquizoide, que permite a esta historiografía cuantitativa coexistir (en los mismos sitios y a veces en las mismas mentes) con una antropología social que deriva de Durkheim, Weber o Malinowski. Conocemos muy bien todo lo relacionado con el delicado tejido de las normas sociales y las reci-

5. W. W. Rostow, *British economy in the nineteenth century*, Oxford, 1948, esp. pp. 122-125. Entre los más interesantes estudios que relacionan precios-cosechas y disturbios populares están: E. J. Hobsbawm, «Economic fluctuations and some social movements», en *Labouring men*, Londres, 1964 (hay trad. cast.: *Trabajadores*, Crítica, Barcelona, 1979), y T. S. Ashton, *Economic Fluctuations in England, 1700-1800*, Oxford, 1959.

procidades que regulan la vida de los isleños de Trobriand, y las energías psíquicas involucradas en el contenido de los cultos de Melanesia; pero, en algún momento, esta criatura social infinitamente compleja, el hombre melanesio, se convierte (en nuestras historias) en el minero inglés del siglo XVIII que golpea sus manos espasmódicamente sobre su estómago y responde a estímulos económicos elementales.

A esta visión espasmódica opondré mi propio punto de vista.<sup>6</sup> Es posible detectar en casi toda acción de masas del siglo XVIII alguna noción legitimadora. Con el concepto de legitimación quiero decir que los hombres y las mujeres que constituían la multitud creían estar defendiendo derechos o costumbres tradicionales; y, en general, que estaban apoyados por el amplio consenso de la comunidad. En ocasiones este consenso popular se veía confirmado por una cierta tolerancia por parte de las autoridades, pero en la mayoría de los casos, el consenso era tan marcado y enérgico que anulaba las motivaciones de temor o deferencia.

El motín de subsistencias en la Inglaterra del siglo XVIII fue una forma muy compleja de acción popular directa, disciplinada y con claros objetivos. Hasta qué punto estos objetivos fueron alcanzados —esto es, hasta qué punto el motín de subsistencias fue una forma de acción coronada por el éxito— es una cuestión muy intrincada para abordarla dentro de los límites de un capítulo; pero puede al menos plantearse en vez de negarla y abandonarla sin examen, como de costumbre, y esto no se puede hacer hasta que sean identificados los objetivos propios de la multitud. Es cierto, por supuesto, que los motines de subsistencias eran provocados por precios que subían vertiginosamente, por prácticas incorrectas de los comerciantes, o por hambre. Pero estos agravios operaban dentro de un consenso popular en cuanto a qué prácticas eran legítimas y cuáles ilegítimas en la comercialización, en la elaboración del pan, etc. Esto estaba a su vez basado en una visión tradicional consecuente de las normas y obligaciones sociales, de las funciones económicas propias de los distintos sectores dentro de la comunidad que, tomadas en conjunto, puede decirse que constituyen la economía moral de los pobres.

6. He encontrado de la máxima utilidad el estudio pionero de R. B. Rose, «Eighteenth century price riots and public policy in England», *International Review of Social History*, VI (1961), y G. Rudé, *The crowd in history*, Nueva York, 1964.

Un atropello a estos supuestos morales, tanto como la privación en sí, constituía la ocasión habitual para la acción directa.

Aunque esta economía moral no puede ser descrita como «política» en ningún sentido progresista, tampoco puede, no obstante, definirse como apolítica, puesto que supone nociones del bien público categóricas y apasionadamente sostenidas, que, ciertamente, encontraban algún apoyo en la tradición paternalista de las autoridades; nociones de las que el pueblo, a su vez, se hacía eco tan estrepitosamente que las autoridades eran, en cierta medida, sus prisioneras. De aquí que esta economía moral tiñese con carácter muy general el gobierno y el pensamiento del siglo XVIII, en vez de interferir únicamente en momentos de disturbios. La palabra «motín» es muy corta para abarcar todo esto.

## II

Así como hablamos del nexo del dinero en efectivo surgido de la Revolución industrial, existe un sentido en el que podemos hablar del nexo del pan en el siglo XVIII. El conflicto entre tradicionalismo y la nueva economía política pasó a depender de las leyes de cereales. El conflicto económico de clases en la Inglaterra del siglo XIX encontró su expresión característica en el problema de los salarios; en la Inglaterra del siglo XVIII, la gente trabajadora era incitada a la acción más perentoriamente por el alza de los precios.

Esta conciencia de consumidor altamente sensible coexistió con la gran era de mejoras agrícolas del cinturón cerealista del Este y del Sur. Esos años que llevaron la agricultura inglesa a una nueva cima en cuanto a calidad están jalonados de motines —o, como los contemporáneos a veces los describen, de «insurrecciones» o «levantamientos de los pobres»—: 1709, 1740, 1756-1757, 1766-1767, 1773, 1782, y, sobre todo, 1795 y 1800-1801. Esta industria capitalista boyante flotaba sobre un mercado irascible, que podía en cualquier momento desatarse en bandas de merodeadores, que recorrían el campo con cachiporras, o irrumpían en la plaza del mercado para «fijar el precio» de las provisiones a un nivel popular. Las fortunas de las clases capitalistas más fuertes descansaban, en último término, sobre la venta de cereales, carne, lana; y los dos primeros artículos debían ser vendidos, con poca intervención de los intermediarios, a

los millones de personas que componían la legión de los consumidores. De aquí que las fricciones del mercado nos lleven a una zona crucial de la vida nacional.

En el siglo XVIII la clase trabajadora no vivía sólo de pan, pero (como muestran los presupuestos reunidos por Eden y David Davies) muchos de ellos subsistían casi exclusivamente gracias al pan. Este pan no era todo de trigo, si bien el pan de trigo fue ganando terreno continuamente sobre otras variedades hasta principios de la década de 1790. Durante los años sesenta, Charles Smith calculó que de la supuesta población de alrededor de 6 millones de Inglaterra y Gales, 3.750.000 comían pan de trigo, 888.000 lo consumían de centeno, 739.000 de cebada y 623.000 de avena.<sup>7</sup> Hacia 1790 podemos calcular que por lo menos dos tercios de la población consumían trigo.<sup>8</sup> El esquema de consumo refleja, en parte, grados comparativos de pobreza y, en parte, condiciones ecológicas. Distritos con suelos pobres y distritos de tierras altas (como los Peninos) donde el trigo no maduraba, eran los bastiones del consumo de otros cereales. Aun en los años noventa, los trabajadores de las minas de estaño de Cornualles subsistían en su mayor parte gracias al pan de cebada. Se consumía mucha harina de avena en Lancashire y Yorkshire, y no sólo por parte de los pobres.<sup>9</sup> Los informes de Northumberland son contradictorios, pero parecería que Newcastle y muchas aldeas mineras de los alrededores se habían pasado por entonces al trigo, mientras que el campo y ciudades más pequeñas se alimentaban de pan de avena, de centeno, un pan mezcla de varios cereales<sup>10</sup> o una mezcla de cebada y «legumbres secas».<sup>11</sup>

7. C. Smith, *Three tracts on the corn-trade and corn-laws*, Londres, 1766<sup>2</sup>, pp. 140, 182-185.

8. Fitzjohn Brand, *A determination of the average depression of wheat in war below that of the preceding peace...*, Londres, 1800, pp. 62-63, 96.

9. Estas generalizaciones se ven corroboradas por las «respuestas de las ciudades sobre el consumo de pan», presentadas al Consejo Privado en 1796, que se encuentran en PRO, PC 1/33/A.87 y A.88.

10. Para *maslin* (un pan hecho de varios cereales), véase sir William Ashley, *The bread of our forefathers*, Oxford, 1928, pp. 16-19.

11. C. Smith, *op. cit.*, p. 194 (para 1765). Pero el alcalde de Newcastle informaba (4 de mayo de 1796) que el pan de centeno era «muy usado por los trabajadores empleados en la Industria del Carbón», y un informador de Hexham Abbey decía que cebada y legumbres secas, o alubias, «es el único pan de los trabajadores pobres y de los criados de los agricultores e incluso de muchos agricultores», con centeno o *maslin* en las ciudades: PRO, PC 1/33/A.88.

A lo largo del siglo, nuevamente el pan blanco fue ganando terreno a variedades más oscuras de harina integral. Esto se debió en parte a una cuestión de valores de estatus, de posición relativa, que se asociaron al pan blanco, pero en modo alguno fue exclusivamente por eso. El problema es más complejo, y pueden mencionarse rápidamente varios de sus aspectos. Era productivo para los panaderos y molineros vender pan blanco o harinas finas, pues el beneficio que se podía obtener de estas ventas era, en general, mayor. (Irónicamente, esto fue en parte consecuencia de la protección paternalista al consumidor, pues el Assize of Bread\* intentaba evitar que los panaderos obtuvieran sus ganancias del pan de los pobres; por lo tanto, iba en interés del panadero el hacer la menor cantidad posible para «uso doméstico», y esta pequeña cantidad hacerla de pésima calidad.)<sup>12</sup> En las ciudades, que estaban alerta contra el peligro de la adulteración, el pan negro era sospechoso, pues podía ocultar fácilmente aditivos tóxicos. En las últimas décadas del siglo muchos molineros adaptaron sus maquinarias y sus tamices en tal forma que, de hecho, no servían para preparar la harina para la hogaza doméstica de tipo intermedio, produciendo sólo las mejores calidades para el pan blanco, y los desperdicios, el salvado, para un pan negro que un observador consideró «tan rancio, repulsivo y pernicioso como para poner en peligro la constitución física».<sup>13</sup> Los intentos realizados por las autoridades, en épocas de escasez, para imponer la manufactura de calidades de harina más bastas (o, como en 1795, el uso general de la hogaza «doméstica»), encontraron muchas dificultades y con frecuencia resistencia, tanto por parte de los molineros como de los panaderos.<sup>14</sup>

\* Regulación o «Reglamento sobre el precio del pan», de acuerdo con el precio del grano. (*N. de la t.*)

12. Nathaniel Forster, *An enquiry into the cause of the high price of provisions*, Londres, 1767, pp. 144-147.

13. J. S. Girdler, *Observations on the pernicious consequences of forestalling, regrating and ingrossing*, Londres, 1800, p. 88.

14. El problema fue discutido con lucidez en [gobernador] Pownall, *Considerations on the scarcity and high prices of bread-corn and bread*, Cambridge, 1795, esp. pp. 25-27. Véase también lord John Sheffield, *Remarks on the deficiency of grain occasioned by the bad harvest of 1799*, Londres, 1800, esp. pp. 105-106, para la evidencia de que (1795) «no hay pan doméstico hecho en Londres». Un corresponsal de Honiton describía en 1766 el pan doméstico como «una infame mezcla de salvado molido y cernido, al cual se añade la peor clase de harina inclasificable»: *Hist. MSS. Comm., City of Exeter*, serie LXXIII (1916), p. 255. Sobre esta comple-

A finales de siglo, los sentimientos de estatus estaban profundamente arraigados dondequiera que prevaleciese el pan de trigo y éste fuese amenazado por la posibilidad de mezclas más bastas. Se insinuaba que los trabajadores acostumbrados al pan de trigo no podían en verdad trabajar —sufrían de debilidad, indigestión, o náuseas— si les forzaban a cambiar al pan hecho con mezclas más bastas.<sup>15</sup> Aun frente a los atroces precios de 1795 y 1800-1801, la resistencia de gran parte de los trabajadores resultó invencible.<sup>16</sup> Los diputados del gremio en Calne informaron al Consejo Privado (Privy Council) en 1796 que gente «que merece confianza» estaba usando las mezclas de cebada y trigo requeridas por las autoridades, y que los artesanos y obreros pobres con familias numerosas

han usado en general solamente pan de cebada. El resto, que suman quizá alrededor de un tercio de los artesanos pobres, y otros, con familias más pequeñas (diciendo que ellos no podían obtener *más que pan*) han comido, como antes de la escasez, solamente pan de panadería hecho de trigo llamado de segunda.<sup>17</sup>

El alguacil de Reigate informaba en términos similares:

... en cuanto a los trabajadores pobres que apenas tienen otro sustento que el pan y que por la costumbre del vecindario siempre han comido pan hecho solamente con trigo; entre ellos, no he impuesto ni expresado el deseo de que consumiesen pan de mezcla, por miedo a que no estén suficientemente alimentados para poder con su trabajo.

ja cuestión, véase además S. y B. Webb, «The Assize of Bread», *Economic Journal*, XIV (1904), esp. pp. 203-206.

15. Véase, por ejemplo, lord Hawkesbury al duque de Portland, 19 de mayo de 1797, en PRO, HO 42/34.

16. R. N. Salaman, *The history and social influence of the potato*, Cambridge, 1949, esp. pp. 493-517. La resistencia se extendía desde las regiones consumidoras de trigo del sur y del centro a las consumidoras de avena del norte; un corresponsal de Stockport en 1795 observó que «se ha hecho una muy generosa suscripción con el propósito de distribuir harina de avena u otras provisiones entre los pobres a precios reducidos. (Esta medida, siento decirlo, da poca satisfacción al pueblo, que todavía clama e insiste en obtener pan de trigo)»: PRO, WO 1/1094. Véase también J. L. y B. Hammond, *The village labourer*, Londres, ed. 1966, pp. 119-123.

17. PRO, PC 1/33/A.88. Compárese la respuesta de J. Boucher, párroco de Epsom, 8 de noviembre de 1800, en HO 42/54: «Nuestros pobres viven no sólo del mejor pan de trigo, sino casi sólo de pan».

Los pocos trabajadores que habían probado pan hecho de mezclas, «se encontraron débiles, afiebrados, e incapaces para trabajar con un cierto grado de vigor».<sup>18</sup> Cuando, en diciembre de 1800, el gobierno presentó un decreto (popularmente conocido como el Decreto del Pan Negro o «Decreto del Veneno») que prohibía a los molineros elaborar otra harina que no fuera de trigo integral, la respuesta popular fue inmediata. En Horsham (Sussex),

Un grupo de mujeres ... fue al molino de viento de Gosden, donde, injuriando al molinero por haberles dado harina morena, se apoderaron del lienzo del tamiz con el que el molinero estaba preparando la harina de acuerdo con las normas del Decreto del Pan, y lo cortaron en mil pedazos; amenazando al mismo tiempo con tratar así todos los utensilios similares que intentase usar en el futuro de igual manera. La amazónica dirigente de esta cabalgata en sayas, ofreció después a sus colegas licor, por valor de una guinea, en la taberna de Crab Tree.

Como resultado de semejantes actitudes, el decreto fue revocado en menos de dos meses.<sup>19</sup>

Cuando los precios eran altos, más de la mitad de los ingresos semanales de la familia de un trabajador podía muy bien gastarse exclusivamente en pan.<sup>20</sup> ¿Cómo pasaban estos cereales desde la tierra a los hogares de los trabajadores? A simple vista parece sencillo. He aquí el grano: es cosechado, trillado, llevado al mercado, molido en el molino, cocido y comido. Pero en cada etapa de este proceso hay toda una irradiación de complejidades, de oportunidades para la extorsión, puntos álgidos alrededor de los cuales podían

18. PRO, PC 1/33/A.88.

19. PRO, PC 1/33/A.88; *Reading Mercury*, 16 de febrero de 1801. La hostilidad contra estos cambios en la molienda, que fueron impuestos por una ley de 1800 (41 Geo. III, c.16), fue especialmente fuerte en Surrey y en Sussex. Los demandantes presentaron muestras del nuevo pan a un juez de paz de Surrey: «Dijeron que era de sabor desagradable (y era cierto), que no podía mantenerles en su trabajo diario y que producía dolencias de los intestinos, a ellos y en particular a sus hijos»: Thomas Turton a Portland, 7 de febrero de 1801, HO 42/61. La ley fue abolida en 1801: 42 Geo. III, c.2.

20. Véase especialmente los presupuestos en D. Davies, *The case of labourers in husbandry*, Bath, 1795, y en sir Frederick Eden, *The state of the poor*, Londres, 1797. También D. J. V. Jones, «The corn riots in Wales, 1793-1801», *Welsh Hist. Rev.*, II, 4 (1965), Ap. I, p. 347.

surgir los motines. Y apenas se puede proseguir sin esbozar, de manera esquemática, el modelo paternalista del proceso de elaboración y comercialización —el ideal platónico tradicional al que se apelaba en la ley, el panfleto, o el movimiento de protesta— y contra el que chocaban las embarazosas realidades del comercio y del consumo.

El modelo paternalista existía en un cuerpo desgastado de ley estatuida, así como en la *common law* y las costumbres. Era el modelo que, muy frecuentemente, informaba las acciones del gobierno en tiempos de emergencia hasta los años setenta; y al cual muchos magistrados locales continuaron apelando. Según este modelo, la comercialización debía ser, en lo posible, *directa*, del agricultor al consumidor. Los agricultores habían de traer su cereal a granel al mercado local; no debían venderlo mientras estuviera en las mieses, y tampoco retenerlo con la esperanza de subir los precios. Los mercados tenían que estar controlados; no se podían hacer ventas antes de horas determinadas, que se anunciarían a toque de campana; los pobres deberían tener la oportunidad de comprar ellos primero grano, harina de flor o harina, en pequeños paquetes cuyo peso y medida estuviesen debidamente supervisados. A una hora determinada, cuando sus necesidades estuvieran cubiertas, había de sonar una segunda campana, y los comerciantes al por mayor (con la oportuna licencia) podían hacer sus compras. Los traficantes estaban cercados de trabas y restricciones, inscritas en los mohosos pergaminos de las leyes contra el acaparamiento, regateo y monopolio, codificadas durante el reinado de Eduardo VI. No debían comprar (y los agricultores no debían vender) por muestreo. No debían comprar el cereal en la mies ni adquirirlo para revender (dentro del plazo de tres meses) en el mismo mercado, con ganancias, o en mercados cercanos, etc. Ciertamente durante la mayor parte del siglo XVIII el intermediario siguió siendo legalmente sospechoso, y sus transacciones, en teoría, fueron severamente acotadas.<sup>21</sup>

21. El mejor estudio general de los mercados de grano del siglo XVIII es todavía R. B. Westerfield, *Middlemen in English business, 1660-1760*, New Haven, 1915, cap. 2. Véase también N. S. B. Gras, *The evolution of the English corn market from the twelfth to the eighteenth century*, Cambridge, Mass., 1915; D. G. Barnes, *A history of the English corn laws*, Londres, 1930; C. R. Fay, *The corn laws and social England*, Cambridge, 1932; E. Lipson, *Economic history of England*, Londres, 1956<sup>6</sup>, II, pp. 419-448; L. W. Moffitt, *England on the eve of the Industrial Revolution*, Londres, 1925, cap. 3; G. E. Fussell y C. Goodmen, «Traffic in farm produce

De la supervisión de los mercados pasamos a la protección del consumidor. Los molineros y —en mayor escala— los panaderos eran considerados servidores de la comunidad, que trabajaban, no para lucrarse, sino para lograr una ganancia razonable. Muchos de los pobres compraban su grano en el mercado directamente (o lo obtenían como un suplemento del salario o espigando); lo llevaban al molino para ser molido, en cuyo caso el molinero podía cobrar la maquila acostumbrada, y ellos cocer después su propio pan. En Londres y en las grandes ciudades donde esto había dejado de ser la norma hacía mucho tiempo, el beneficio o ganancia del panadero se calculaba de acuerdo con el Assize of Bread, en el que, tanto el precio como el peso de la hogaza se fijaban con relación al precio vigente del trigo.<sup>22</sup>

Este modelo, por supuesto, se aleja en muchos puntos de las realidades del siglo XVIII. Lo más sorprendente es observar hasta qué punto todavía funcionaba en parte. Por ello, Aikin puede así describir en 1795 la ordenada regulación del mercado de Preston:

Los mercados semanales ... están extremadamente bien regulados para evitar el acaparamiento y el regateo. Sólo a la gente del pueblo se le permite comprar a primera hora, de las ocho a las nueve de la mañana, a las nueve pueden comprar los demás; pero ninguna mercancía sin vender puede retirarse del mercado hasta la una en punto, exceptuado el pescado ...<sup>23</sup>

in eighteenth century England», *Agricultural History*, XII, 2 (1938); Janet Blackman, «The food supply of an industrial town (Sheffield)», *Business History*, V (1963).

22. S. y B. Webb, «The Assize of Bread».

23. J. Aikin, *A description of the country from thirty to forty miles round Manchester*, Londres, 1795, p. 286. Uno de los mejores archivos de un bien regulado mercado señorial del siglo XVIII es el de Manchester. Aquí fueron nombrados durante todo el siglo vigilantes de mercado para el pescado y la carne, para pesos y medidas de grano, para carnes blancas, para el Assize of Bread, así como catadores de cerveza y agentes para impedir «monopolio, acaparamiento y regateo», hasta los años 1750 fueron frecuentes las multas por peso o medida escasos, carnes invendibles, etc.; la supervisión fue después algo más ligera (aunque continuó), con un resurgimiento de la vigilancia en los años 1790. Se impusieron multas por vender cargas de grano antes de que sonara la campana del mercado en 1734, 1737 y 1748 (cuando William Wyat fue multado con 20 chelines «por vender antes de que sonara la campana y declarar que vendería a cualquier Hora del Día a pesar del Señor del Manor o de cualquier otra persona»), y otra vez en 1766. *The Court Leet records of the manor of Manchester*, ed. J. P. Earwaker, Manchester, 1888-1889, vols. VII, VIII, IX, *passim*. Para la regulación del acaparamiento en Manchester, véase más adelante nota 64 en p. 239.

En el mismo año, en el suroeste (otra de las zonas conocidas por su tradicionalismo), las autoridades municipales de Exeter intentaron controlar a los «revendedores, buhoneros y detallistas» excluyéndolos del mercado desde las ocho de la mañana hasta mediodía, hora en que sonaba la campana del ayuntamiento.<sup>24</sup> El Assize of Bread estaba aún vigente durante el siglo XVIII en Londres y en muchas ciudades con mercado.<sup>25</sup> En el caso de la venta por muestreo podemos observar el peligro de asumir prematuramente la disolución de las restricciones consagradas por la costumbre.

Se supone con frecuencia que la venta de grano por muestreo estaba generalizada a mediados del siglo XVII, cuando Best describe la práctica en el este de Yorkshire,<sup>26</sup> y con seguridad en 1725, cuando Defoe redactó su famoso informe sobre el comercio cerealista.<sup>27</sup> Pero, mientras muchos grandes agricultores vendían sin duda por muestreo en la mayoría de los condados, por aquellas fechas, los antiguos mercados de puestos eran corrientes todavía y sobrevivían aún en los alrededores de Londres. En 1718 el autor de un panfleto describía la decadencia de los mercados rurales como un hecho que había tenido lugar en años recientes:

Se pueden ver pocas cosas aparte de jugueterías y puestos de baratijas y chucherías ... Los impuestos casi han desaparecido; y donde —según memoria de muchos de los habitantes— solían venir antes a la ciudad en un día, cien, doscientas, quizá trescientas cargas de grano, y en algunos municipios cuatrocientas, ahora crece la hierba en el emplazamiento del mercado.

Los agricultores (se lamentaba) habían llegado a esquivar el mercado y a operar con corredores y otros «contrabandistas» a las puertas de aquél. Otros agricultores traían todavía al mercado una única carga «para hacer un simulacro de mercado, y para que les fijaran el precio», pero el verdadero negocio se hacía en «paquetes de

grano en una bolsa o en un pañuelo que son llamados *muestras*».<sup>28</sup>

Esta era, en efecto, la tendencia; pero muchos pequeños agricultores continuaron vendiendo su grano en los puestos del mercado, como antes, y el viejo modelo quedó en la mente de los hombres como fuente de resentimiento. Una y otra vez fueron impugnados los nuevos procedimientos de comercialización. En 1710, una petición a favor de la gente pobre de Stony Stratford (Buckinghamshire) se lamenta de que los agricultores y comerciantes estaban «comprando y vendiendo en los corrales y en las puertas de sus Graneros, de tal manera que ahora los pobres habitantes no podemos conseguir una molienda en proporción razonable a nuestro dinero, lo cual es una gran calamidad».<sup>29</sup> En 1733 varios municipios apelaron a la Cámara de los Comunes en contra de tal práctica. Haslemere (Surrey) se lamentaba de molineros y harineros que acaparaban el comercio; «compraban secretamente grandes cantidades de cereales de acuerdo con pequeñas muestras, y se negaban a comprar el que había sido expuesto en el mercado público».<sup>30</sup> Esta práctica sugiere la existencia de una ocultación y pérdida de transparencia en los procedimientos de comercialización.

Con el transcurso del siglo no cesaron las quejas, aunque tendieron a trasladarse hacia el norte y el oeste. Con ocasión de la escasez de 1756, el Consejo Privado, además de poner en movimiento las viejas leyes contra el acaparamiento, promulgó una proclama ordenando a «todos los agricultores, bajo severas penas, traer sus cereales al mercado público, y no venderlo a muestreo en sus propios lares».<sup>31</sup> Pero a las autoridades no les agradaba sentirse demasiado presionadas en este asunto; en 1766 (otro año de escasez) los magistrados de Surrey inquirieron si comprar por muestreo era, en efecto, un delito punible, y recibieron una respuesta prodigiosamente evasiva: el secretario de Su Majestad no está autorizado, en razón de su cargo, para interpretar las leyes.<sup>32</sup>

28. Anónimo, *An Essay to Prove that Regrators, Engrossers, Foretellers, Hawkers, and Jobbers of Corn, Cattle, and other Marketable Goods are Destructive of Trade, Oppressors to the Poor, and a Common Nuisance to the Kingdom in General*, Londres, 1719, pp. 13, 18-20.

29. Bucks, CRO, Quarter Sessions, día de San Miguel, 1710.

30. *Commons Journals*, 2 de marzo de 1733.

31. PRO, PC 1/6/63.

32. *Calendar of Home Office Papers* (1879), 1766, pp. 92-94.

24. Proclamación del secretario municipal de Exeter, 28 de marzo de 1795, PRO, HO 42/34.

25. S. y B. Weeb, *op. cit.*, *passim*, y J. Burnett, «The baking industry in the nineteenth century», *Business History*, V (1963), pp. 98-99.

26. *Rural economy in Yorkshire in 1641* (Surtees Society, XXXIII), 1857, pp. 99-105.

27. *The Complete English Tradesman*, Londres, 1727, II, parte 2.

Dos cartas dan alguna idea del desarrollo de nuevas prácticas en el oeste. Un corresponsal que escribía a lord Shelbourne en 1776 acusaba a los comerciantes y molineros de Chippenham de «complot»:

Él mismo mandó comprar una arroba de trigo al mercado, y aunque había allí muchas cargas, y era inmediatamente después de haber sonado la campana del mercado, dondequiera que su agente solicitase, la respuesta era «Está vendido». De forma que, aunque ... para evitar el castigo de la ley, lo traen al mercado, el negocio se hace antes, y el mercado es sólo una farsa ...<sup>33</sup>

(Estas prácticas podían dar ocasión a un motín; en junio de 1757, se informó de que «la población se sublevó en Oxford y en pocos minutos se apropió y dividió una carga de trigo que se sospechaba había sido vendida por muestra y traída al mercado solamente para salvar las apariencias».)<sup>34</sup> La segunda carta es de 1772, de un corresponsal en Dorchester, y describe una práctica diferente de tasa de mercado; sostiene que los grandes agricultores se reunían para fijar los precios antes de ir al mercado,

y muchos de estos hombres no venderán menos de cuarenta *bushels*, que los pobres no pueden comprar. Por esto el molinero, que no es enemigo del agricultor, da el precio que éste le pide y el pobre tiene que aceptarlo.<sup>35</sup>

Los paternalistas y los pobres continuaron lamentándose del desarrollo de estas prácticas de mercado que nosotros, en visión retrospectiva, tendemos a aceptar como inevitables y «naturales».<sup>36</sup> Pero lo que puede parecer ahora como inevitable no era necesariamente, en el siglo XVIII, materia aprobable. Un panfleto característico (de

1768) clamaba indignado contra la supuesta libertad de cada agricultor para hacer lo que quisiera con sus cosas; esto sería libertad «natural», pero no «civil»:

No puede decirse, entonces, que sea la libertad de un ciudadano o de uno que vive bajo la protección de alguna comunidad; es más bien la libertad de un salvaje; por consiguiente, el que se aproveche de ella, no merece la protección que el poder de la Sociedad proporciona.

La asistencia del agricultor al mercado es «una parte material de su obligación; no se le debería permitir guardar sus mercancías o venderlas en otro lugar».<sup>37</sup> Pero después de 1760, los mercados tuvieron tan poca función en la mayor parte de las tierras del sur y en las Midlands que, en dichos distritos, las quejas contra la venta por muestreo son menos frecuentes, a pesar de que, a finales de siglo, se protestaba todavía de que los pobres no pudiesen comprar pequeñas cantidades.<sup>38</sup> En algunos lugares del norte el asunto era distinto. Una petición de los trabajadores de Leeds en 1795 se queja de «los agentes de cereales y molineros y un grupo de gente que nosotros llamamos regatones y los harineros que tienen el grano en sus manos de manera que pueden retenerlo y venderlo al precio que quieren, o no venderlo». «Los agricultores no llevan más grano al mercado que el que llevan en sus bolsillos como muestra ... lo cual hace quejarse mucho a los pobres.»<sup>39</sup> Tanto fue el tiempo que tardó en abrirse camino y resolverse un proceso, que, muy a menudo, se documenta ya cien años antes.

Se ha seguido este ejemplo para ilustrar la densidad y particularidad del detalle, la variedad de las costumbres locales y el rumbo que el resentimiento popular podía tomar cuando cambiaban las

37. Anónimo, *An Enquiry into the Price of Wheat, Malt...*, Londres, 1768, pp. 119-123.

38. Véase, por ejemplo, Davies (*infra*, p. 245). Se informó desde Cornualles en 1795 que «muchos agricultores rehúsan vender [cebada] en pequeñas cantidades a los pobres, lo cual causa grandes murmuraciones»: PRO, HO 42/34, y desde Essex en 1800 que «en algunos lugares no se efectúan ventas excepto en los sitios ordinarios, donde compradores y vendedores (principalmente molineros y agentes) cenan juntos ... el beneficio del Mercado se ha perdido casi para el vecindario»; tales prácticas son mencionadas «con gran indignación por las clases más bajas»: PRO, HO 42/54.

39. PRO, HO 42/35.

33. *Ibid.*, pp. 91-92.

34. *Gentleman's Magazine*, XXVII (1757), p. 286.

35. Carta anónima en PRO, SP 37/9.

36. Pueden encontrarse ejemplos, dentro de una abundante literatura, en *Gentleman's Magazine*, XXVI (1756), p. 534; anónimo [Ralph Courteville], *The Cries of the Public*, Londres, 1758, p. 25; Anon. [C. L.], *A Letter to a Member of Parliament proposing Amendments to the Laws against Forestallors, Ingrossers, and Regraters*, Londres, 1757, pp. 5-8; *Museum Rusticum et Commerciale*, IV (1765), p. 199; Forster, *op. cit.*, p. 97.

viejas prácticas de mercado. La misma densidad, la misma diversidad, existe en el área de comercialización, escasamente definida. El modelo paternalista se desmoronaba, por supuesto, en muchos otros puntos. El Assize of Bread, si bien fue efectivo para controlar las ganancias de los panaderos, se limitaba a reflejar el precio en curso del trigo o la harina y no podía de ninguna manera influir sobre los precios en sí. Los molineros eran ahora, en Hertfordshire y el valle del Támesis, empresarios acaudalados, y a veces comerciantes de grano o malta, así como grandes fabricantes de harina.<sup>40</sup> Fuera de los distritos cerealistas principales, los mercados urbanos no podían en modo alguno ser abastecidos sin las operaciones de agentes cuyas actividades hubieran quedado anuladas de haberse impuesto estrictamente la legislación contra los acaparadores.

¿Hasta qué punto reconocieron las autoridades que su modelo se alejaba de la realidad? La respuesta varía según las autoridades implicadas y con el correr del siglo. Pero se puede dar una respuesta general: los paternalistas, en su práctica normal, aceptaban en gran parte el cambio, pero volvían a este modelo en cuanto surgía alguna situación de emergencia. En esto eran, en cierta medida, prisioneros del pueblo, que adoptaba partes del modelo como su derecho y patrimonio. Existe incluso la impresión de que, en realidad, se acogía bien esta ambigüedad. En distritos levantiscos, en época de escasez, daba a los magistrados cierta capacidad de maniobra, y prestaba cierta aprobación a sus intentos de reducir los precios empleando la persuasión. Cuando el Consejo Privado autorizó (como sucedió en 1709, 1740, 1756 y 1766) la emisión de proclamas en letra gótica ilegible amenazando con terribles castigos a acaparadores, buhoneros, trajineros, revendedores, mercachifles, etc., ayudó a los magistrados a inculcar el temor de Dios entre los molineros y comerciantes locales. Es cierto que la legislación contra el acaparamiento fue revocada en 1772, pero el Acta de revocación no fue bien redactada, y durante la gran escasez que siguió, en 1795, lord Kenyon, el justicia mayor, tomó la responsabilidad de anunciar que el acaparamiento continuaba siendo un delito procesable según la *common law*; «a pesar de que el decreto de Eduardo VI fue revocado (si lo fue acertada o desacertadamente no soy yo quien deba

40. F. J. Fisher, «The development of the London food market, 1540-1640», *Econ. Hist. Review*, V (1934-1935).

decidirlo) aún sigue siendo un delito de *common law*, coetáneo a la constitución». <sup>41</sup> El reguero de procesos que puede observarse a lo largo del siglo —normalmente por delitos insignificantes y sólo en años de escasez— no se agotó; por el contrario, en 1795 y 1800-1801 hubo quizá más procesos que en cualquier otro periodo de los veinticinco años anteriores. <sup>42</sup> Pero está bien claro que estaban destinados a producir un efecto simbólico, con objeto de hacer ver a los pobres que las autoridades actuaban en vigilancia de sus intereses.

De aquí que el modelo paternalista tuviera una existencia ideal, pero también una existencia real fragmentaria. En años de buenas cosechas y precios moderados, las autoridades lo dejaban caer en el olvido. Pero si los precios subían y los pobres se mostraban levantiscos se lo reavivaba, al menos para crear un efecto simbólico.

### III

Pocas victorias intelectuales han sido más arrolladoras que la que los exponentes de la nueva economía política obtuvieron en materia de regulación del comercio interno de cereales. A ciertos historiadores esta victoria les parece, en efecto, tan absoluta, que difícilmente pueden ocultar su malestar con respecto al partido derrotado. <sup>43</sup> Se puede considerar, por comodidad, que el modelo de la nueva economía política es el de Adam Smith, a pesar de que se pueda ver

41. Cargo de lord Kenyon al *Grand Jury* del tribunal de Shropshire, *Annals of Agriculture*, XXV (1795), pp. 110-111. Pero no estaba proclamando una nueva visión de la ley: la edición de *Justice*, de Burns, correspondiente a 1780, II, pp. 213-214, ya había hecho hincapié en que (a pesar de las leyes de 1663 y 1772), «en la *common law*, todos los esfuerzos por subir el precio común de cualquier mercancía ... ya sea propagando falsos rumores o comprando cosas en el mercado antes de la hora acostumbrada, o comprando y vendiendo otra vez la misma cosa en el mismo mercado» seguían siendo delitos.

42. Girdler (*op. cit.*, pp. 212-260) da una lista de varias sentencias en 1795 y 1800. En varios condados se establecieron asociaciones privadas para juzgar a los acaparadores: Rev. J. Malham, *The scarcity of grain considered*, Salisbury, 1800, pp. 35-44. El acaparamiento, etc., siguieron siendo delitos de *common law* hasta 1844: W. Holdsworth, *History of English law*, Londres, ed. 1938, XI, p. 472. Véase también más adelante la nota 64.

43. Véanse, por ejemplo, Gras, *op. cit.*, p. 241 («... como ha demostrado Adam Smith ...»); M. Olson, *Economics of the wartime shortage* (Carolina del Norte, 1963), p. 53 («La gente buscaba rápidamente una víctima propiciatoria»).

*La riqueza de las naciones*, no sólo como punto de partida, sino también como una gran terminal central en la que convergen, a mediados del siglo XVIII, muchas líneas importantes de discusión (algunas de ellas, como la lúcida obra de Charles Smith, *Tracts on the corn trade*, 1758-1759, apuntaban específicamente a demoler las viejas regulaciones paternalistas del mercado). El debate producido entre 1767 y 1772, que culminó con la revocación de la legislación contra el acaparamiento, señaló una victoria, en esta área, para el *laissez faire*, cuatro años antes de que se publicara la obra de Adam Smith.

Esto significaba más un antimodelo que un nuevo modelo: una negativa directa a la desintegradora política de «previsión» de los Tudor. «Sea revocado todo decreto relacionado con las leyes de cereales —escribió Arbuthnot en 1773—; dejemos que el cereal corra como el agua, y encontrará su nivel».<sup>44</sup> La «ilimitada, incontinida libertad del comercio de cereales» fue también la exigencia de Adam Smith.<sup>45</sup> La nueva economía suponía una «desmoralización» de la teoría del comercio y del consumo de tanto alcance como la derogación, ampliamente debatida, de las restricciones contra la usura.<sup>46</sup> Al decir «desmoralización» no se sugiere que Smith y sus colegas fuesen inmorales<sup>47</sup> o no se preocuparan por el bien público.<sup>48</sup> Antes bien, lo que se quiere decir es que la nueva economía política estaba libre de la intrusión de imperativos morales. Los antiguos folletistas eran, en primer lugar, moralistas y sólo en segundo economistas. En la nueva teoría económica no entran cuestiones relativas a la

44. J. Arbuthnot («Un agricultor»), *An Inquiry into the Connection Between the Present Price of Provisions and the Size of Farms*, Londres, 1773, p. 88.

45. La «digresión con respecto al Comercio de Granos y a las Leyes de Cereales», de Adam Smith, está en el libro IV, cap. 5 de *The wealth of nations*.

46. R. H. Tawney discute el problema en *Religion and the rise of capitalism*, Londres, 1926, pero no es esencial para su tesis.

47. La sugerencia fue hecha, sin embargo, por alguno de los oponentes de Smith. Un panfletista, que pretendía conocerle bien, sostenía que Adam Smith le había dicho que «la Religión Cristiana degradaba la mente humana», y que la «Sodomía era una cosa en sí indiferente». No sorprende que sostuviera puntos de vista inhumanos sobre el comercio de granos: Anónimo, *Thoughts of an Old Man of Independent Mind though Dependent Fortune on the Present High Prices of Corn*, Londres, 1800, p. 4.

48. A nivel de intención no veo razón para discrepar del profesor A. W. Coats, «The classical economists and the labourer», en E. L. Jones y G. E. Mingay, eds., *Land, labour and population*, Londres, 1967. Pero la intención es una mala medida del interés ideológico y de las consecuencias históricas.

constitución moral de la comercialización, a no ser como preámbulo y motivo de peroración.

En la práctica, el nuevo modelo funcionaba del siguiente modo. La operación natural de la oferta y la demanda en el mercado libre maximizaría la satisfacción de todos los sectores y establecería el bien común. El mercado no estaba nunca mejor regulado que cuando se le dejaba autorregularse. En el curso de un año normal, el precio del grano se ajustaría a través del mecanismo del mercado. Inmediatamente después de la cosecha, los pequeños agricultores y todos aquellos que tenían que pagar salarios por la recolección y rentas de la fiesta de San Miguel (correspondiente a los meses de octubre, noviembre y diciembre), trillarían su grano y lo traerían al mercado, o permitirían la salida de lo que habían contratado de antemano para ser vendido. Desde septiembre a Navidad se podían esperar precios bajos. Los agricultores de tipo medio retendrían sus cereales, con la esperanza de que subieran los precios en el mercado, hasta el comienzo de la primavera; mientras que los agricultores más opulentos y los pertenecientes a la *gentry* agricultora retendrían parte de su grano por más tiempo todavía —de mayo a agosto— con la expectativa de llegar al mercado cuando los precios alcanzaran su punto máximo. De esta manera se racionaban adecuadamente las reservas de cereales de la nación, a través del mecanismo del precio, durante cincuenta y dos semanas, sin ninguna intervención del Estado. En la medida en que los intermediarios intervenían y comprometían por adelantado el grano de los agricultores, realizaban, más eficientemente aún, este servicio de racionamiento. En años de escasez, el precio del grano podía subir hasta alturas peligrosas; pero esto era providencial, pues (además de suponer un incentivo para el importador) era otra nueva forma eficaz de racionar, sin la cual todas las existencias serían consumidas en los nueve primeros meses del año, y en los tres meses restantes la escasez se convertiría en auténtica hambre.

Las únicas vías por las que se podía romper esta economía autorregulable eran las entrometidas interferencias del Estado y del prejuicio popular.<sup>49</sup> Había que dejar fluir libremente el cereal desde

49. Smith opinaba que las dos iban a la par: «Las leyes concernientes al grano pueden compararse en todas partes a las leyes concernientes a la religión. La gente se siente tan interesada en lo que se refiere, bien a su subsistencia en esta vida, bien a su felicidad en la vida futura, que el gobierno debe ceder ante sus prejuicios ...».

las áreas de superabundancia a las zonas de escasez. Por lo tanto, el intermediario representaba un papel necesario, productivo y loable. Los prejuicios contra los acaparadores fueron rechazados tajantemente por Smith como supersticiones equiparables a la brujería. La interferencia con el modelo natural de comercio podía producir hambres locales o desalentar a los agricultores en el aumento de su producción. Si se obligaba a ventas prematuras o se restringían los precios en épocas de escasez, podrían consumirse con exceso las existencias. Si los agricultores retenían su grano mucho tiempo, saldrían probablemente perjudicados al caer los precios. La misma lógica puede aplicarse a los demás culpables a ojos del pueblo: molineros, harineros, comerciantes y panaderos. Sus comercios respectivos eran competitivos. Como mucho, sólo podían distorsionar el nivel natural de los precios en periodos cortos, y a menudo para su propio perjuicio en última instancia. A finales de siglo, cuando los precios comenzaron a dispararse, el remedio se buscó, no en una vuelta a la regulación del comercio, sino en mejoras tales como el incremento de los cercamientos y el cultivo de terrenos baldíos.

No debería ser necesario discutir que el modelo de una economía natural y autorregulable, que labora providencialmente para el bien de todos, es una superstición del mismo orden que las teorías que sustentaba el modelo paternalista; a pesar de que, curiosamente, es esta una superstición que algunos historiadores de la economía han sido los últimos en abandonar. En ciertos aspectos, el modelo de Smith se adapta mejor a las realidades del siglo XVIII que el paternalista, y era superior en simetría y envergadura de construcción intelectual. Pero no deberíamos pasar por alto el aparente aire de validez empírica que tiene el modelo. Mientras que el primero invoca una norma moral —lo que *deben* ser las obligaciones recíprocas de los hombres—, el segundo parece decir: «este es el modo en que las cosas actúan, o actuarían si el Estado no interfiriese». Y sin embargo, si se consideran esas partes de *La riqueza de las naciones*, impresionan menos como ensayo de investigación empírica que como un soberbio ensayo de lógica válido en sí mismo.

Cuando consideramos la organización real del comercio de cereales en el siglo XVIII no disponemos de verificación empírica para ninguno de los dos modelos. Ha habido poca investigación detalla-

da sobre la comercialización;<sup>50</sup> ningún estudio importante de una figura clave: el molinero.<sup>51</sup> Aun la primera letra del alfabeto de Smith —el supuesto de que los precios altos eran una forma efectiva de racionamiento— sigue siendo una mera afirmación. Es notorio que la demanda de grano, o pan, es muy poco flexible. Cuando el pan es caro, los pobres —como le recordaron a un observador de alta posición— no se pasan a los pasteles. Según algunos observadores, cuando los precios subían los trabajadores podían comer la misma cantidad de pan, pero era porque eliminaban otros productos de su presupuesto; podían incluso comer más pan para compensar la pérdida de otros artículos. De un chelín, en un año normal, seis peniques se destinarían a pan, seis a «carne de mala calidad y muchos productos de huerta»; pero en un año de precios altos, todo el chelín se gastaría en pan.<sup>52</sup>

De cualquier manera, es bien sabido que los movimientos de los precios del grano no pueden ser explicados por simples mecanismos de precio, de oferta y demanda; y la prima pagada para alentar a la exportación cerealista distorsionaba aún más las cosas. Junto con el aire y el agua, el grano era un artículo de primera necesidad, extraordinariamente sensible a cualquier deficiencia en el abastecimiento. En 1796, Arthur Young calculó que el déficit total de la cosecha

50. Véase, sin embargo, A. Everitt, «The marketing of agricultural produce», en Joan Thirsk, ed., *The agrarian history of England and Wales*, vol. IV: 1500-1640, Cambridge, 1967, y D. Baker, «The marketing of corn in the first half of the eighteenth-century: North-east Kent», *Agric. Hist. Rev.*, XVIII (1970).

51. Hay alguna información útil en R. Bennett y J. Elton, *History of corn milling*, Liverpool, 1898, 4 vols.

52. Emanuel Collins, *Lying Detected*, Bristol, 1758, pp. 66-67. Esto parece confirmado por los presupuestos de Davies y Eden (véase nota 20), y por los observadores del siglo XIX: véase E. P. Thompson y E. Yeo, eds., *The unknown mayhew*, Londres, 1971, Ap. II. E. H. Phelps Brown y S. V. Hopkins, «Seven centuries of the prices of consumables compared with builders' wage rates», *Economica*, XXII (1956), pp. 297-298, conceden que sólo un 20 por 100 del presupuesto total doméstico se gastaba en alimentos harinosos, aunque los presupuestos de Davies y de Eden (tomados en años de precios altos) muestran un término medio del 53 por 100. Esto sugiere nuevamente que en tales años el consumo de pan permaneció estable, pero otros artículos alimenticios fueron suprimidos por completo. Es posible que en Londres hubiera ya una mayor diversificación de la dieta hacia la década de 1790. P. Colquhoun escribió a Portland, 9 de julio de 1795, que había abundancia de verduras en el mercado de Spitalfields, especialmente patatas, «ese gran sustituto del Pan», zanahorias y nabos: PRO, PC 1/27/A.54

de trigo fue inferior al 25 por 100; pero el precio subió un 81 por 100; proporcionando, por tanto, según sus cálculos, a la comunidad agrícola un beneficio de 20 millones de libras más que en un año normal.<sup>53</sup> Los escritores tradicionalistas se lamentaban de que los agricultores y comerciantes actuaban por la fuerza del «monopolio»; su punto de vista fue rebatido, en un escrito tras otro, como «demasiado absurdo para ser tratado seriamente: ¡vamos!, ¡más de doscientas mil personas...!».<sup>54</sup> El asunto a tratar, sin embargo, no era si este agricultor o aquel comerciante podía actuar como un «monopolista», sino si los intereses de producción y de comercio en su conjunto eran capaces, en una larga y continuada sucesión de circunstancias favorables, de aprovechar su dominio sobre un artículo de primera necesidad y elevar el precio para el consumidor, de igual manera que las naciones desarrolladas e industrializadas de hoy han podido aumentar el precio de ciertos artículos manufacturados con destino a las naciones menos desarrolladas.

Al avanzar el siglo, los procedimientos de mercado se volvieron menos claros, pues el grano pasaba a través de una red más compleja de intermediarios. Los agricultores ya no vendían en un mercado competitivo y libre (que en un sentido local y regional, constituía la meta del modelo paternalista y no la del modelo del *laissez-*

53. *Annals of Agriculture*, XXVI (1796), pp. 470, 473. Davenant había estimado en 1699 que una deficiencia de un décimo en la cosecha subía el precio tres décimos: sir C. Whitworth, *The political and commercial works of Charles Davenant*, Londres, 1771, II, p. 224. El problema está tratado en el artículo de W. M. Stern, «The bread crisis in Britain, 1795-1796», *Economica*, nueva ser., XXXI (1964), y J. D. Gould, «Agricultural fluctuations and the English economy in the eighteenth century», *Jl. Ec. Hist.*, XXII (1926). Gould hace hincapié sobre un punto mencionado a menudo en justificaciones contemporáneas de los precios altos (p. ej., *Farmer's Magazine*, II, 1801, p. 81), según el cual los pequeños agricultores en años de escasez necesitaban toda la cosecha para simiente y para su propio consumo: en factores como este ve él «la principal explicación teórica de la extrema volatilidad de los precios de granos en los comienzos de la época moderna». Se requeriría más investigación del funcionamiento real del mercado antes de que tales explicaciones fueran convincentes.

54. Anónimo [«Un agricultor»], *Three Letters to a Member of the House of Commons ... Concerning the Prices of Provisions*, Londres, 1766, pp. 18-19. Para otros ejemplos, véase lord John Sheffield, *Observations on the Corn Bill* (1791), p. 43; Anón., *Inquiry into the Causes and Remedies of the late and Present Scarcity and high Price of Provisions*, Londres, 1800, p. 33; J. S. Fry, *Letters on the Corn-Trade*, Bristol, 1816, pp. 10-11.

*faire*), sino a comerciantes o molineros que estaban en mejor situación para retener las existencias y mantener altos los precios en el mercado. En las últimas décadas del siglo, al crecer la población, el consumo presionó continuamente sobre la producción, y los productores pudieron dominar, de forma más general, un mercado de ventas. Las condiciones de las épocas de guerra, que en realidad no inhibieron demasiado la importación de grano durante los periodos de escasez, sin embargo acentuaron en esos años las tensiones psicológicas.<sup>55</sup> Lo que importaba para fijar el precio posterior a la cosecha era la expectativa del rendimiento de ésta, y en las últimas décadas del siglo hay pruebas del desarrollo de grupos de presión de agricultores, que conocían muy bien los efectos psicológicos involucrados en el nivel de los precios posteriores a la cosecha, y fomentaban asiduamente expectativas de escasez.<sup>56</sup> Notoriamente, en años de escasez, los agricultores ostentaban una faz sonriente,<sup>57</sup> mientras que en años de cosechas abundantes el premio inconsiderado de la Señora Naturaleza provocaba gritos de «¡desastre!» en los agricultores. Y por muy abundante que pudiera aparecer la cosecha ante los ojos del ciudadano, en cada caso iba acompañada de comentarios sobre el mildiu, las inundaciones, las espigas atizonadas que se convertían en polvo cuando comenzaba la trilla, etc.

El modelo de libre mercado supone una secuencia de pequeños a grandes agricultores que traen su grano al mercado durante el año; pero a fines de siglo, al sucederse los altos precios un año tras otro, un mayor número de pequeños agricultores podían retener sus provisiones hasta que el mercado subiera a satisfacción suya. (Después de todo, para ellos no era un asunto de comercialización rutinaria, sino de intenso, de vital interés: su ganancia anual podía depender, en gran medida, del precio al que tres o cuatro montones de grano pudieran llegar a venderse.) Si tenían que pagar rentas, el

55. Olson, *Economics of the wartime shortage*, cap. 3; W. F. Galpin, *The grain supply of England during the Napoleonic period*, Nueva York, 1925.

56. Véase, p. ej., Anónimo [«Un preparador de malta del Oeste»], *Considerations on the present High Prices of Provisions, and the Necessities of Life*, Londres, 1764, p. 10.

57. «Espero —escribía un terrateniente de Yorkshire en 1708— que la escasez de grano que probablemente continuará bastantes años, hará la agricultura muy rentable para nosotros, roturando y mejorando toda nuestra nueva tierra», citado por Beloff, *op. cit.*, p. 57.

desarrollo bancario rural facilitó al agricultor la obtención de préstamos.<sup>58</sup> El motín de septiembre u octubre se desencadenaba muy a menudo porque no se producía la caída de los precios después de una cosecha aparentemente abundante, y ello indicaba una confrontación consciente entre el productor reluciente y el consumidor furioso.

Traemos a colación estos comentarios, no para refutar a Adam Smith, sino simplemente para indicar los puntos donde hay que tener precaución hasta que nuestros conocimientos se amplíen. Con respecto al modelo del *laissez-faire* no hay que decir sino que no se ha demostrado empíricamente; que es intrínsecamente improbable, y que existen ciertas pruebas en contra. Nos han recordado recientemente que «los comerciantes ganaban dinero en el siglo XVIII», y que los comerciantes de grano lo deben haber ganado «manipulando el mercado».<sup>59</sup> Estas manipulaciones se registran ocasionalmente, si bien raramente de manera tan franca como fue anotado por un agricultor y comerciante de granos de Whittlesford (Cambridgeshire), en su diario, en 1802:

Yo compré Centeno hace Doce Meses a cincuenta chelines la arroba. Podría haberlo vendido a 122 chelines la arroba. Los pobres consiguieron su harina, buen centeno, a 2 chelines 6 peniques el celemin. La Parroquia me pagó la diferencia que fue 1 chelín 9 peniques por celemin. Fue una bendición para los Pobres y bueno para mí. Compré 320 arrobas.<sup>60</sup>

En esta transacción la ganancia fue superior a mil libras.

58. El hecho es observado en Anónimo, *A Letter to the Rt. Hon. William Pitt ... on the Causes of the High Price of Provisions*, Hereford, 1795, p. 9; Anónimo «Una Sociedad de Agricultores Prácticos», *A Letter to the Rt. Hon. Lord Somerville*, Londres, 1800, p. 49. Cf. L. S. Pressnell, *Country banking in the Industrial Revolution*, Oxford, 1956, pp. 346-348.

59. C. W. J. Grainger y C. M. Elliott, «A fresh look at wheat prices and markets in the eighteenth century», *Econ. Hist. Rev.*, 2.ª ser., XX (1967), p. 252.

60. E. M. Hampson, *The treatment of poverty in Cambridgeshire, 1597-1834*, Cambridge, 1934, p. 211.

#### IV

Si se pueden reconstruir modelos alternativos claros tras la política de tradicionalistas y economistas políticos, ¿podría hacerse lo mismo con la economía «moral» de la multitud? Esto es menos sencillo. Nos enfrentamos con un complejo de análisis racional, prejuicio y modelos tradicionales de respuesta a la escasez. Tampoco es posible, en un momento dado, identificar claramente a los grupos que respaldaban las teorías de la multitud. Éstos abarcan realidades articuladas e inarticuladas e incluyen hombres con educación y elocuencia. Después de 1750, todo año de escasez fue acompañado de un torrente de escritos y cartas a la prensa de valor desigual. Era una queja común a todos los protagonistas del libre comercio de granos la de que la *gentry* ilusa agregaba combustible a las llamas del descontento del populacho.

Hay cierta verdad en esto. La multitud dedujo su sentimiento de legitimidad, en realidad, del modelo paternalista. A muchos *gentlemen* aún les molestaban los intermediarios, a quienes consideraban como intrusos. Allí donde los señores de los *manors* conservaban aún derechos de mercado, se sentían molestos por la pérdida (a través de la venta por muestreo, etc.) de tales impuestos. Si eran agricultores propietarios, que presenciaban cómo se vendía la harina o la carne a precios desproporcionadamente altos en relación a lo que ellos recibían de los tratantes, les molestaban aún más las ganancias de estos vulgares comerciantes. El autor del ensayo de 1718 nos presenta un título que es un resumen de su tema: *Un ensayo para demostrar que los Regatones, Monopolistas, Acaparadores, Trajineros e Intermediarios de Granos, Ganado y otros bienes comerciales ... son Destructores del Comercio, Opresores de los Pobres y un Perjuicio Común para el Reino en General*. Todos los comerciantes (a menos que fueran simples boyeros o carreteros que transportasen provisiones de un sitio a otro) le parecen a este escritor, que no deja de ser observador, «un grupo de hombres viles y perniciosos», y, en los clásicos términos de condena que los campesinos arraigados a la tierra adoptan con respecto al burgués, dice:

son una clase de gente vagabunda ... llevan todas sus pertenencias consigo, y sus ... existencias no pasan de ser un simple traje de montar, un buen caballo, una lista de ferias y mercados, y una cantidad

prodigiosa de desvergüenza. Tienen la marca de Caín, y como él van de un lugar a otro, llevando a cabo unas transacciones no autorizadas entre el comerciante bien intencionado y el honesto consumidor.<sup>61</sup>

Esta hostilidad hacia el comerciante se daba aun entre muchos magistrados rurales, cuya inactividad se hacía notar, en algunos casos, cuando los disturbios populares arrasaban zonas bajo su jurisdicción. No les disgustaban los ataques contra los disidentes o los agentes de granos cuáqueros. El autor de un escrito de Bristol, que es claramente un agente de cereales, se quejaba amargamente en 1758, ante los jueces de paz, de «su populacho que impone leyes», el cual había impedido, el año anterior, la exportación de cereales de los valles del Severn y Wye, y de «muchas solicitudes infructuosas hechas a varios Jueces de Paz»,<sup>62</sup> Ciertamente, crece la convicción de que un alboroto popular contra los acaparadores no era mal acogido por algunas autoridades; distraía la atención puesta en agricultores y rentistas, mientras que vagas amenazas del *Quarter Sessional*\* contra los acaparadores daban a los pobres la idea de que las autoridades se ocupaban de sus intereses. Las viejas leyes contra los acaparadores, se lamentaba un comerciante en 1766,

se publican en todos los periódicos y están pegadas en todos los rincones por orden de los jueces, para intimidar a los monopolistas, contra los cuales se propagan muchos rumores. Se enseña al pueblo a abrigar una muy alta opinión y un respeto hacia estas leyes ...

61. Adam Smith observó casi sesenta años después que «el odio popular ... que afecta al comercio del grano en los años de escasez, únicos años en que puede ser muy rentable, induce a gente de carácter y fortuna adversos a tomar parte en él. Se abandona a un grupo inferior de comerciantes». Veinticinco años más tarde el conde Fitzwilliam escribía: «Los comerciantes de grano se están retirando del comercio, temerosos de traficar con un artículo comercial que les ha convertido en merecedores de tanta injuria y calumnia, dirigida por un populacho ignorante, sin poder confiar en la protección de aquellos que deben ser más ilustrados»: Fitzwilliam a Portland, 3 septiembre 1800, PRO, HO 42/51. Pero un examen de las fortunas de familias tales como los Howards, Frys y Gurneys podría poner en duda tal prueba literaria.

62. Collins, *op. cit.*, pp. 67-74. En 1756 varias capillas de los cuáqueros fueron atacadas durante motines de subsistencias en las Midlands: *Gentleman's Magazine*, XXVI (1756), p. 408.

\* Órgano informativo de los tribunales llamados *Quarter Sessions* (véase la nota de p. 31). (*N. del t.*)

Ciertamente, acusaba a los jueces de alentar «la extraordinaria pretensión de que la fuerza y el espíritu del populacho son necesarios para hacer cumplir las leyes».<sup>63</sup> Pero si realmente se ponían en marcha las leyes, se aplicaban, sin excepción, contra pequeños delincuentes —pícaros locales o placeros que se embolsaban pequeños beneficios en transacciones sin importancia— mientras que no afectaban a los grandes comerciantes y molineros.<sup>64</sup>

63. Anónimo, *Reflections on the present high price of provisions, and the complaints and disturbances arising therefrom* (1766), pp. 26-27, 31.

64. Contrariamente a la suposición común, la legislación sobre acaparamiento no había caído en desuso en la primera mitad del siglo XVIII. Los juicios eran poco frecuentes, pero suficientes para sugerir que tenían algún efecto en regular el pequeño comercio en el mercado abierto. En Manchester (véase nota 23) se impusieron multas por acaparamiento o regateo a veces anualmente, a veces cada dos o tres años, desde 1731 a 1759 (siete multas). Los productos implicados incluían mantequilla, queso, leche, ostras, pescado, carne, zanahorias, guisantes, patatas, nabos, pepinos, manzanas, alubias, uvas, pasas de Corinto, cerezas, pichones, aves de corral, pero muy raramente avena y trigo. Después de 1760 las multas son menos frecuentes pero incluyen 1766 (trigo y mantequilla), 1780 (avena y anguilas), 1785 (carne) y 1796, 1797 y 1799 (en todos, patatas). Simbólicamente, el número de agentes de *Court Leet* nombrados anualmente para impedir el acaparamiento subió de 3 o 4 (1730-1795) a 7 en 1795, 15 en 1796, 16 en 1797. Además, los transgresores fueron juzgados ocasionalmente (como en 1757) en *Quarter Sessions*. Véase Earwaker, *Court Leet Records* (citado en nota 23), vols. VII, VIII y IX, y *Constables' Accounts* (nota 68), II, p. 94. Para otros ejemplos de delitos, véanse *Quarter Sessions* de Essex, acusaciones, 2 de septiembre de 1709, 9 de julio de 1711 (acaparamiento de avena), y también 1711 para casos de especuladores de pescado, trigo, centeno, mantequilla y, de nuevo, 13 de enero 1729/1730: Essex CRO, Calendario de Acusaciones, Q/SR 541, Q/SR 548, Q/SPb b 3; denuncias de los alguaciles por especular con cerdos, octubre de 1735 y octubre de 1746: Bury St. Edmunds y West Suffolk CRO, DB/1/8 (5); *idem* para la especulación con mantequilla, Nottingham, 6 de enero de 1745/5, *Records of the Borough of Nottingham* (Nottingham, 1914), VI, p. 209; condena por especular con aves de corral (multa 13 chelines y 4 peniques) en Atherstone Court Leet y Court Baron, 18 de octubre de 1748: Warwicks. CRO, 12/24, 23; amonestaciones contra la especulación de mantequilla, etc., mercado de Woodbridge, 30 de agosto de 1756: Ipswich y East Suffolk CRO, V 5/9-6-3. En la mayoría de los registros de *Quarter Sessions* o mercados se encuentra algún procesamiento, antes de 1757. El autor de *Reflections* (citado en la nota anterior), escribiendo en 1766, dice que estos «estatutos casi olvidados y pasados por alto» se empleaban para el procesamiento de «algunos traficantes sumisos y agiotistas indigentes o aterrizados», y da a entender que los «factores principales» han despreciado «estas amenazas», creyendo que eran una ley mala (p. 37). Para 1795 y 1800, véase la nota 42, p. 229: los casos más importantes de procesamiento de grandes comerciantes fueron los de Rushby, por especular con avena (1799): véase Barnes, *op. cit.*, pp. 81-83; y de Waddington, condenado por especulación con lúpulo en el tribunal de Worcester: véase *Times*, 4 de agosto de 1800 y (para la confirmación de la condena al ser apelada) I East 143 en *ER*, CII, pp. 56-68.

Así, tomando un ejemplo tardío, un juez de paz anticuado y malhumorado de Middlesex, J. S. Girdler, inició una campaña general de procesos contra esos transgresores en 1796 y 1800, con octavillas ofreciendo recompensa por información, cartas a la prensa, etc. Se impusieron condenas en varios *Quarter Sessions*, pero la cantidad ganada por los especuladores no sumaba más que diez o quince chelines. Podemos adivinar a qué tipo de culpables afectaban los procesos del juez por el estilo literario de una carta anónima que recibió:

Savemos que eres enemigo de Agricultores, Molineros, Arneros y Panaderos y de nuestro Comercio si no avría sido por mí y por otro tú hijo de perra uvieras sido asesinado hace mucho por ofrecer tus condenadas recompensas y perseguir Nuestro Comercio Dios te maldiga y arruine tú no bivrás para ver otra cosecha ...<sup>65</sup>

A tradicionalistas compasivos como Girdler se unieron ciudadanos de variados rangos. Para la mayoría de los londinenses, cualquier persona que tuviera algo que ver con el comercio de granos, harina o pan, resultaba sospechosa de todo tipo de extorsiones. Los grupos urbanos de presión eran, por supuesto, especialmente poderosos a mediados de siglo y presionaban en pro de que terminaran las primas a la exportación, o de la prohibición de toda exportación en épocas de escasez. Pero Londres y las ciudades grandes abrigan inmensas reservas de resentimiento, y algunas de las acusaciones más violentas vinieron de ese medio ambiente. Un cierto doctor Manning, en la década de 1750, publicó alegatos de que el pan era adulterado no sólo con alumbre, tiza, blanqueadores y harina de fréjoles, sino también con cal muerta y albayalde. Más sensacional fue su afirmación de que los molineros mezclaban en la harina «bolsas de huesos viejos molidos»: «los osarios de los muertos son hurtados, para agregar inmundicias a la comida de los vivos», o, como comentaba otro panfletista, «la época actual se está comiendo vorazmente los huesos de la anterior».

Las acusaciones de Manning fueron mucho más allá de los límites de la credibilidad. (Un crítico calculó que si se hubiera usado cal en la escala de sus alegatos, se hubiera utilizado más en los hornos

65. Girdler, *op. cit.*, pp. 295-296.

de pan de Londres que en la industria de la construcción.)<sup>66</sup> Además de alumbre, que se usaba en profusión para blanquear el pan, la manera más común de adulteración era probablemente una mezcla de harina rancia y estropeada con harina nueva.<sup>67</sup> Pero la población urbana tendía a creer que se practicaban adulteraciones aún más nocivas, y esta creencia contribuyó a una pelea, la «Shude-hill Fight» en Manchester, en 1757, donde se creía que uno de los molinos atacados mezclaba «Cereal, Habichuelas, Huesos, Blanqueador, Paja Picada, incluso Estiércol de Caballo» en sus harinas, mientras que en otro molino la presencia de adulterantes peligrosos cerca de las tolvas (descubierta por la muchedumbre) produjo la quema de cribas y cedazos, y la destrucción de las piedras de molino y las ruedas.<sup>68</sup>

Había otras áreas igualmente sensibles, donde las quejas de la multitud eran alimentadas por las de los tradicionalistas o por las de profesionales urbanos. Ciertamente, se puede sugerir que si los motines o la fijación de precios por la muchedumbre actuaban de acuerdo a un modelo teórico consistente, este modelo era una reconstrucción selectiva del modelo paternalista, que tomaba de él todas aquellas características que más favorecían a los pobres y que ofrecían una perspectiva de grano barato. Sin embargo, era menos generalizador que el punto de vista de los paternalistas. Los datos conservados en relación con los pobres muestran un mayor particularismo: son este molinero, aquel comerciante, esos agricultores que retienen el cereal, los que provocan la indignación y la acción. Sin embargo, este particularismo estaba animado por nociones generales de derechos que se nos revelan de forma más clara únicamente cuando examinamos la muchedumbre en acción; porque, en un sentido, la economía moral de la multitud rompió decisivamente con la de los paternalistas, puesto que la ética popular sancionaba la acción directa de la muchedumbre, mien-

66. Emanuel Collins, *op. cit.*, pp. 16-37; P. Markham, *Syhoroc*, Londres, 1758, 4, pp. 11-31; *Poison Detected: or Frightful Truths ... in a Treatise on Bread*, Londres, 1757, esp. pp. 16-38.

67. Véase, por ejemplo, John Smith, *An Impartial Relation of Facts Concerning the Malepractices of Bakers*, Londres, s.f., ¿1740?

68. J. P. Earwaker, *The Constables' Accounts of the Manor of Manchester*, Manchester, 1891, III, pp. 359-361; F. Nicholson y E. Axon, «The Hatfield family of Manchester, and the food riots of 1757 and 1812», *Trans. Lancs. and Chesh. Antiq. Soc.*, XXVIII (1910-1911), pp. 83-90.

tras que los valores de orden que apuntalaban el modelo paternalista se oponían a ella categóricamente.

La economía de los pobres era todavía local y regional, derivada de una economía de subsistencia. El grano debía de ser consumido en la región en la cual se cultivaba, especialmente en épocas de escasez. La exportación en épocas de escasez suscitó un profundo malestar durante varias centurias. Un magistrado escribió lo siguiente en 1631, sobre un motín debido a la exportación, en Suffolk: «ver cómo les es arrebatado su pan y enviado a extraños ha convertido la impaciencia de los pobres en furia y desesperación desenfrenadas». <sup>69</sup> En un informe muy gráfico sobre un motín en el mismo condado setenta y ocho años después (1709), un comerciante describió cómo «el Populacho se alzó, él cree que eran unos cientos, y dijo que el grano no se debía sacar fuera de la ciudad»: «de entre el Populacho algunos tenían alabardas, otros palos y otros cachiporras ...». Viajando hacia Norwich, en varios lugares de la ruta:

el Populacho, sabiendo que él iba a cruzar cargado con grano, le dijo que no debería pasar por la Ciudad, porque era un Canalla, y un Traficante de grano, y algunos gritaron: Tiradle piedras, otros Tiradlo del caballo, otros Golpeadlo, y aseguraos de que le habéis dado; que él ... les preguntó qué les hacía sublevarse de ese modo inhumano para el perjuicio de ellos y del país, pero ellos seguían gritando que era un Canalla y que iba a llevarse el grano a Francia ... <sup>70</sup>

Exceptuando Westminster, las montañas, o los grandes distritos de pastoreo, los hombres nunca estaban lejos del grano. La industria fabril estaba dispersa por el campo: los mineros del carbón marchaban a su trabajo junto a los campos de cereales; los trabajadores domésticos dejaban sus telares y talleres para recoger la cosecha. La susceptibilidad no se limitaba sólo a las exportaciones al extranjero. Las áreas de exportación marginales eran especialmente sensibles, pues en ellas se exportaba poco cereal en años normales, pero, en épocas de escasez, los traficantes podían esperar un precio de ganga en Londres, que, en consecuencia agravaba la escasez local. <sup>71</sup>

69. *Calendar State Papers, Domestic*, 1631, p. 545.

70. PRO, PC 1/2/165.

71. D. G. D. Isaac, «A study of popular disturbance in Britain, 1714-1754», Universidad de Edimburgo, tesis doctoral, 1953, cap. 1.

Los hulleros —de Kingswood, del bosque de Dean, de Shropshire, del Noroeste— eran especialmente propensos a la acción en aquellos tiempos. Notoriamente los mineros del estaño de Cornualles poseían una irascible conciencia de consumidores, y una decidida inclinación a recurrir a la fuerza. «Nosotros tuvimos al demonio y todo lo demás que trae un motín en Padstow», escribió un *gentleman* de Bodmin en 1773, con una admiración mal disimulada:

Algunas personas han ido muy lejos en la exportación de grano ... Setecientos u ochocientos mineros del estaño se unieron, y primero ofrecieron a los agentes de grano diez y siete chelines por veinticuatro galones de trigo, pero como les dijeran que no les darían nada, ellos inmediatamente rompieron y abrieron las puertas de la bodega y se llevaron todo lo que había allí sin dinero ni precio. <sup>72</sup>

El resentimiento más grande lo provocaron a mediados de siglo las exportaciones al exterior, por las que se pagaron primas. Se consideraba al extranjero como una persona que recibía cereal a precios a veces por debajo de los del mercado inglés, con la ayuda de subvenciones extraídas de los impuestos ingleses. De aquí que el rencor máximo recayese a veces sobre el exportador, que era visto como el hombre que busca ganancias privadas —y deshonestas— a expensas de sus compatriotas. A un agente de North Yorkshire, a quien dieron un chapuzón en el río en 1740, le dijeron que «no era mejor que un rebelde». <sup>73</sup> En 1783 se colocó un cartel en la cruz del mercado en Carlisle, que comenzaba así:

Peter Clemeson y Moses Luthart esto es para daros una Advertencia de que debéis Abandonar vuestro Comercio ilegal o Morir y Maldita sea vuestra compra de grano para matar de hambre a los Pobres Habitantes de la Ciudad y Suburbios de Carlisle para mandarlo a Francia y recibir la Prima que Da la Ley por llevar el Grano fuera del País, pero por el Señor Dios Todopoderoso nosotros os daremos la Prima a Expensas de Vuestras Vidas, Malditos Canallas ...

«Y si Alguna Taverna en Carlisle [continuaba el cartel] Te permite a ti o a Luthart guardar ... en sus casas el Grano sufrirán por ello.» <sup>74</sup>

72. *Calendar of Home Office Papers*, 1773, p. 30.

73. PRO, SP 36/50.

74. *London Gazette*, marzo de 1783, n.º 12.422.

Este sentimiento renació en los últimos años del siglo, especialmente en 1795, cuando circulaban rumores por el país de exportaciones secretas a Francia. Por otra parte, los años 1795 y 1800 conocieron de nuevo el renacer de una conciencia regional, tan vívida como la de cien años antes. Las carreteras fueron bloqueadas para impedir las exportaciones de la parroquia. Se detuvo a los carros y se descargaron en las ciudades por donde pasaban. El movimiento de grano en convoyes nocturnos asumió las proporciones de una operación militar:

Los carros crujen profundamente bajo sus pesadas cargas,  
mientras siguen su oscuro curso por los caminos;  
una rueda tras otra, en una temerosa procesión lenta,  
con media cosecha, a sus destinos van ...  
La expedición secreta, como la noche  
que cubre sus intenciones, aún rehúye la luz ...  
mientras que el pobre labrador, cuando deja su lecho,  
ve el inmenso granero tan vacío como su cobertizo.<sup>75</sup>

Se amenazó con destruir los canales.<sup>76</sup> Se asaltaron barcos en los puertos. Los mineros de la mina de carbón de Nook, cerca de Haverfordwest, amenazaron con cerrar el estuario en un punto angosto. Ni las gabarras de los ríos Severn y Wye se libraron del ataque.<sup>77</sup>

La indignación podía inflamarse también contra un comerciante cuyas obligaciones con un mercado foráneo interrumpían los suministros regulares de la comunidad local. En 1795, un agricultor y tabernero acaudalado, próximo a Tiverton, se quejó al Ministerio de la Guerra de asambleas desordenadas «que amenazan con tirar

75. S. J. Pratt, *Sympathy and Other Poems*, Londres, 1807, pp. 222-223. [Deep groan the waggons with their pond'rous loads, / As their dark course they bend along the roads; / Wheel following wheel, in dread procession slow, / With half a harvest, to their points they go ... / The secret expedition, like the night / That covers its intents, still shuns the light ... / While the poor ploughman, when he leaves his bed, / Sees the huge barn as empty as his shed.]

76. Algunos años antes Wedgwood había oído «amenazar ... con destruir nuestros canales y dejar salir el agua», porque las provisiones pasaban por Staffordshire camino de Manchester desde East Anglia: J. Wedgwood, *Address to the young inhabitants of the Pottery* (Newcastle, 1783).

77. PRO, PC 1/27/A.54; A.55-7; HO 42/34; 42/35; 42/36; véase también Stern, *op. cit.*, y E. P. Thompson, *The making of the English working class*, Penguin, ed., 1968, pp. 70-73.

abajo o quemar su casa porque recibe mantequilla de sus vecinos Agricultores y Lecheros, para enviarla con el carro por el camino vecinal, que pasa por su puerta, a ... Londres».<sup>78</sup> En Chudleigh (Devon), en el mismo año, la muchedumbre destruyó la maquinaria de un molinero que dejó de suministrar harina a la comunidad local porque había sido contratado por el Departamento de Avituallamiento de la Armada para hacer galletas para los barcos: esto originó (dice el interesado en una frase reveladora) «la Idea de que a echo [sic] mucho daño a la Comunidad».<sup>79</sup> Treinta años antes un grupo de comerciantes londinenses necesitó de la protección del ejército para sus depósitos de queso situados a lo largo del río Trent:

Los depósitos ... en peligro por los mineros amotinados no son propiedad de ningún monopolizador, sino de un numeroso cuerpo de traficantes de queso, y absolutamente necesarios para la recepción del queso, para transportarlo a Hull, y que desde allí se flete para Londres.<sup>80</sup>

Estos agravios se relacionan con la queja, ya observada, con respecto a la retirada de mercancías del mercado público. A medida que los comerciantes se alejaban de Londres y concurrían con mayor frecuencia a los mercados provinciales, podían ofrecer precios y comprar en grandes cantidades que provocaban en los agricultores un sentimiento de molestia al tener que atender los pequeños pedidos de los pobres. «Ahora no es negocio para el agricultor —escribía Davies en 1795— vender grano por *bushel* al por menor a este o aquel pobre; excepto en algunos lugares determinados, y como favor, a sus propios trabajadores.» Y donde los pobres cambiaban su demanda de grano por la de harina, la historia era muy parecida:

Ni el molinero ni el harinero venderán al trabajador una cantidad menor a un saco de harina por debajo del precio al por menor a que se vende en las tiendas, y el bolsillo del pobre pocas veces podrá permitirle comprar todo un saco de una sola vez.<sup>81</sup>

78. PRO, WO 1/1082, John Ashley, 24 de junio de 1795.

79. PRO, HO 42/34.

80. PRO, WO 1/986 fo. 69.

81. Davies, *op. cit.*, pp. 33-34.

De aquí que el trabajador se viese empujado a la pequeña tienda al por menor, donde los precios eran más elevados.<sup>82</sup> Los viejos mercados decayeron, o, donde se mantuvieron, cambiaron sus funciones. Si un cliente intentaba comprar un solo queso o un pedazo de tocino —escribía Girdler en 1800— «está seguro de que le contestan con un insulto, y le comunican que todo el lote ha sido comprado por algún contratista londinense».<sup>83</sup>

Como expresiva de estos agravios —que algunas veces ocasionaron un motín— podemos tomar una carta anónima dejada en 1795 a la puerta del alcalde de Salisbury:

Caballeros de la Corporación yo les ruego pongan fin a esta práctica que se utilizan Rook y otros trajinantes en nuestros Mercados al darles la Libertad de Entrometerse en el Mercado en todo de tal manera que los Habitantes no pueden comprar un solo Artículo sin ir a parar para ello al Comerciante y Pagar precios Extorsionantes que ellos creen apropiados y aun avasallar a la Gente como si esta no mereciera ser tenida en consideración. Pero pronto les llegará su Fin, tan pronto como los Soldados hayan salido de la ciudad.

Se pidió a la corporación que ordenara a los trajinantes que salieran del mercado hasta que la gente del pueblo hubiera sido atendida, «y no permitáis a los Carniceros mandar la carne fuera en reses enteras sino obligadlos a cortarla en el Mercado y atender a la Ciudad primero». La carta informa al alcalde de que más de trescientos ciudadanos han «jurado positivamente ser fieles los unos a los otros para la Destrucción de los Trajinantes».<sup>84</sup>

Donde los trabajadores podían comprar cereales en pequeñas cantidades podían surgir graves problemas sobre pesos y medidas. «Somos exhortados en el Evangelio de San Lucas: Dad y se os dará, buena medida, apretada, remecida, desbordante será la que os echarán en vuestro seno.» Esto no era, desgraciadamente, la práctica que seguían todos los agricultores y comerciantes en la Inglaterra

82. «El primer principio que deja sentado un panadero, cuando viene a una parroquia, es hacer a todos los pobres deudores suyos; luego hace el pan del peso y calidad que le place ...», *Gentleman's Magazine*, XXVI (1756), p. 557.

83. Girdler, *op. cit.*, p. 147.

84. PRO, HO 42/34.

protestante. Un decreto de Carlos II había incluso dado a los pobres el derecho de *sacudir* la medida de harina; tan valioso era el grano del pobre que una pérdida en la medida podía significar la diferencia de pasar un día sin hogaza. El mismo decreto intentó, con una total falta de éxito, imponer la medida de Winchester, como patrón nacional. Una gran diversidad de medidas, que variaban incluso dentro de los límites de un mismo condado de un mercado ciudadano a otro, daba abundantes oportunidades para pequeñas ganancias. Las antiguas medidas eran generalmente mayores —algunas veces mucho mayores— que la de Winchester; a veces eran preferidas por los agricultores o comerciantes, pero más a menudo lo eran por los clientes. Un observador comentó que «las clases más bajas la detestaban [la medida de Winchester], por lo pequeño de su contenido, y los comerciantes ... los instigaban a ello, siendo su interés mantener toda aquella incertidumbre con respecto a los pesos y las medidas».<sup>85</sup>

Los intentos de cambiar la medida encontraron muchas veces resistencia y, ocasionalmente, dieron lugar a motines. Una carta de un minero de Clee Hill (Shropshire) a un «Compañero de Infortunio» declaraba:

El Parlamento para nuestro alivio para ayudarnos a morir de hambre va a reducir nuestras Medidas y Pesos al Nivel más bajo. Somos alrededor de Diez mil personas conjuradas y listas en todo momento. Y queremos que toméis las Armas y Chafarotes y juréis ser fieles los unos a los otros ... No tenemos más que una Vida que Perder y no vamos a morir de hambre ...<sup>86</sup>

Unas cartas a agricultores de Northiam (Sussex) advertían:

Caballeros todo lo que deseo es que toméis esto como una advertencia a todos vosotros para que dejéis los pequeños *bushels* y toméis la antigua medida nuevamente porque si no lo hacéis habrá una gran compañía que quemará la medida pequeña cuando vosotros estéis en

85. *Annals of Agriculture*, XXVI (1796), p. 327; *Museum Rusticum et Commerciale*, IV (1756), p. 198. La diferencia entre *bushels* podía ser muy considerable: frente al *bushel* de Winchester de 8 galones, el de Stamford tenía 16, el de Carlisle, 24 y el de Chester, 32; véase J. Houghton, *A Collection for Improvement of Husbandry and Trade*, Londres, 1727, n.º XLVI, 23 de junio de 1693.

86. *London Gazette*, marzo de 1767, n.º 10.710.

la cama y dormidos y vuestros graneros y almiars y a vosotros también con ellos ...<sup>87</sup>

Un colaborador de los *Annals of Agriculture* de Hampshire explicó en 1795 que los pobres

han concebido erróneamente la idea de que el precio del grano ha aumentado por la última reforma del *bushel* de nueve galones a la medida de Winchester, habiendo pasado esto en un momento en que subían los precios en el mercado, por lo cual se pagó igual cantidad de dinero por ocho galones que la que se solía pagar por nueve ...

Confieso —continúa— que tengo una predilección indudable por la medida de nueve galones, porque es la medida más aproximada a un *bushel* de harina; y por consiguiente, el pobre es capaz de juzgar qué es lo que debe pagar por un *bushel* de harina, lo cual, en la medida presente, requiere más aritmética de la que él puede conocer.<sup>88</sup>

Aun así, las nociones aritméticas del pobre podían no haber sido tan erróneas. Los cambios en las medidas, como los cambios en la moneda decimal, tendían por arte de magia a desfavorecer al consumidor.

Si los pobres compraban (a fines de siglo) menos cantidad de grano en el mercado público, esto indicaba también el ascenso hacia una condición de mayor importancia del molinero. El molinero ocupó, durante muchos siglos, un lugar en el folclore popular tan pronto envidiable como lo contrario. Por un lado, se le consideraba un libertino fabulosamente afortunado, cuyas proezas se perpetúan aún quizá en el sentido vernáculo de la palabra «moler». Quizá lo adecuado del molino de pueblo, oculto en un lugar apartado del río, al cual las mujeres y doncellas del pueblo traían su grano para molerlo; quizá también su poder sobre los medios de subsistencia; quizá su condición social en el pueblo, que le convertía en un buen partido; todo pudo haber contribuido a la leyenda:

87. Noviembre de 1793, en PRO, HO 42/27. Las medidas en cuestión eran para Malta.

88. *Annals of Agriculture*, XXIV (1795), pp. 51-52.

Una joven moza vigorosa tan vigorosa y alegre  
fue al molino un día ...

Traigo un celemin de grano para moler  
sólo puedo quedarme un momento.

Ven siéntate, dulce y hermosa querida mía  
no puedo moler tu grano, me lo temo,  
mis piedras están altas y el agua baja  
no puedo moler pues el molino no anda.

Entonces ella se sentó sobre un saco  
hablaron de esto y aquello  
hablaron de amor, y de que era agradable.  
Ella pronto descubrió que el molino molería ...<sup>89\*</sup>

Por otro lado, la reputación del molinero era menos envidiable. «¡Amar!», exclama Nellie Dean en *Cumbres borrascosas*: «¡Amar! ¿Oyó alguien alguna vez cosa parecida? Podía también hablar de amar al molinero que viene una vez al año a comprar nuestro grano». Si creemos todo lo que se ha escrito sobre él en estos años, la historia del molinero ha cambiado poco desde el «Cuento de Reeves», de Chaucer. Pero mientras que al pequeño molinero rural se le acusaba de costumbres típicamente medievales —recipientes excesivamente grandes para recolectar el impuesto en especie, harina oculta en las cajas de las piedras, etc.—, a su duplicado, el molinero

89. James Reeves, *The idiom of the people* (1958), p. 156. Véase también Brit. Lib. Place MSS, Add MSS 27.825 para «A pretty maid she to the miller would go», segunda estrofa:

Entonces el molinero la acorraló contra la tolva  
gozosa el alma retozonamente  
le levantó la ropa, y le puso el tapón  
porque dice ella que el trigo me molarán fino y gratis.

[Then the miller he laid her against the mill hopper / Merry a soul so wanton-ly / He pulled up her cloaths, and he put in the stopper / For says she I'll have my corn ground small and free.]

\* [A brisk young lass so brisk and gay / She went unto the mil one day ... / There's a peck of corn all for to grind / I can but stay a little time. // Come sit you down my sweet pretty dear / I cannot grind your corn I fear / My stones is high and my water low / I cannot grind for the mill won't go. // Then she sat down all on a sack / They talked of this and they talked of that / They talked of love, of love proved kind / She soon found out the mill would grind ...]

más importante, se le acusaba de agregar nuevos y mucho más osados desfalcos:

Antes robaba con discreción,  
pero ahora es un ladrón escandaloso.\*

En un extremo aún tenemos el pequeño molino rural exigiendo impuestos de acuerdo a su propia costumbre. El impuesto se podía cobrar en harina (siempre de «la mejor de las harinas, y de la harina más fina que está en el centro de la tolva»), y como la proporción no variaba con las fluctuaciones de precios, era una ventaja para el molinero si los precios eran altos. Alrededor de los pequeños molinos que exigían impuestos (aun donde el impuesto había sido conmutado por pagos en dinero) las injusticias se multiplicaban, y había intentos espasmódicos de regulación.<sup>90</sup> Desde que los molineros se dedicaron con mayor intensidad al comercio, y a moler el grano por su propia cuenta para los panaderos, tenían poco tiempo para los pequeños clientes (con un saco o dos de grano espigado); de aquí tardanzas sin fin; y de aquí también que, cuando se devolvía la harina al cliente, podía ser el producto de otro grano de calidad inferior. (Hubo quejas de que algunos molineros compraban a mitad de precio grano dañado y que lo mezclaban con el grano de sus clientes.)<sup>91</sup> Al transcurrir el siglo, el paso de muchos molinos a fines industriales colocó a los pequeños molinos de trigo supervivientes en una posición más ventajosa. Y en 1796 estas injusticias se hicieron sentir con suficiente fuerza como para permitir a sir Francis Bassett presentar la *Miller's Toll Bill* (Ley de Impuestos del Molinero), que intentaba regular más estrictamente sus prácticas de pesos y medidas.<sup>92</sup>

Sin embargo, estos molineros eran, por supuesto, la *gentecilla* del siglo XVIII. Los grandes molineros del valle del Támesis y de las grandes ciudades respondían a un tipo diferente de empresarios que

comerciaban ampliamente en harina y malta. A los molineros no les afectaba la Tasa del Pan (Assize of Bread), y podían hacer repercutir inmediatamente sobre el consumidor cualquier alza en el precio del grano. Inglaterra tenía también, en el siglo XVIII, sus *banalités* menos conocidas, incluyendo esos vestigios extraordinarios, los molinos con derechos señoriales, que ejercían un monopolio absoluto en el molino de grano (y venta de harina) en centros fabriles importantes, entre ellos Manchester, Bradford y Leeds.<sup>93</sup> En la mayoría de los casos los feudatarios que poseían los derechos señoriales por la utilización del molino, los vendían o arrendaban a especuladores privados. Más tormentosa aún fue la historia de los Molinos-Escuela en Manchester, cuyos derechos señoriales eran destinados a dotación caritativa para mantener la escuela secundaria. Dos arrendatarios de estos derechos, poco populares, inspiraron en 1737 los versos del doctor Byrom:

*Huesos y Piel*, eran dos molineros flacos,  
que mataban de hambre a la ciudad, o andaban cerca de ello;  
pero sepan, *Piel y Huesos*,  
que Carne y Sangre no pueden soportarlo.\*

Cuando, en 1757, los nuevos arrendatarios quisieron prohibir la importación de harina a la ciudad en desarrollo, mientras que al mismo tiempo manejaban sus molinos (se alegaba) con extorsión y demora, la carne y la sangre no pudieron realmente soportarlo por más tiempo. En la famosa «pelea de la colina Shud» de ese año, por lo menos cuatro hombres fueron muertos a tiros de mosquete, pero finalmente se abolieron los derechos de molienda.<sup>94</sup> E incluso en donde no obtenían este tipo de derechos, un molino podía igualmente dominar a una populosa comunidad, y podía provocar la furia popular por un aumento repentino en el precio de la harina o un deterioro evidente de su calidad. Los molinos fueron el blanco visible y tangible de algunos de los motines urbanos más serios del siglo. Los molinos de Albion en el puente de Blackfriars (los prime-

\* [For ther-biforn he stal but curteisly, / But now he was a thief outrageously.]

90. Véanse Markham, *Syhoroc*, II, p. 15; Bennett y Elton, *op. cit.*, III, pp. 150-165; información de John Spyry contra el molinero de Millbrig Mill, 1740, por tomar a veces una sexta parte, a veces una séptima parte y a veces una octava parte en pago: papeles de las West Riding Sessions, County Hall, Wakefield.

91. Véase Girdler, *op. cit.*, pp. 102-106, 212.

92. *Annals of Agriculture*, XXIII (1795), pp. 179-191; Bennett y Elton, *op. cit.*, III, p. 166; 36: Geo III, c.85.

93. Véanse Bennett y Elton, *op. cit.*, III, pp. 204 y ss.; W. Cudworth, «The Bradford Soke», *The Bradford Antiquary* (Bradford, 1888), I, pp. 74 ss.

\* [Bone and Skin, two millers thin, / Would starve the town, or near it; / But be it known, to Skin and Bone, / That Flesh and Blood can't bear it.]

94. Véase la nota 68, p. 241, y Bennet y Elton, *op. cit.*, pp. 274 ss.

ros molinos de vapor de Londres) eran gobernados por un sindicato cuasifilantrópico; sin embargo, cuando se quemaron en 1791, los londinenses bailaron y cantaron baladas de júbilo en las calles.<sup>95</sup> El primer molino de vapor de Birmingham (Snow Hill) no lo pasó mejor, pues fue blanco de un ataque masivo en 1795.

Puede parecer a primera vista muy curioso que tanto los comerciantes como los molineros continuaran figurando entre los objetivos de los motines de fines de siglo, cuando en muchos puntos de las Midlands y del Sur (y seguramente en áreas urbanas) la clase obrera se había acostumbrado a comprar pan en las panaderías, más que grano o harina en los mercados. No sabemos lo bastante para hacer un gráfico del cambio con exactitud, y seguramente se siguió cociendo el pan en las casas en gran medida.<sup>96</sup> Pero aun donde el cambio fue completo, no se debe subestimar la complejidad de la situación ni los objetivos de la multitud. Hubo, por supuesto, muchísimos pequeños motines frente a las panaderías, y muchas veces la multitud «fijaba el precio» del pan. Pero el panadero (cuyo trabajo en tiempos de precios altos puede haber sido muy poco envidiable) era el único que, entre todos los que bregaban con las necesidades de la gente (terratenientes, agricultores, arrieros y molineros), se hallaba en contacto diario con el consumidor, y se encontraba más protegido que cualquiera de los demás por la visible insignia del paternalismo. El Assize of Bread limitó clara y públicamente sus beneficios legítimos (tendiendo también de este modo a dejar el comercio de panadería en manos de numerosos pequeños comerciantes con poco capital) protegiéndolos así, hasta cierto punto, de la cólera popular. Incluso Charles Smith, el hábil exponente del libre comercio, pensaba que la continuación del Assize era oportuna: «En Pueblos y Ciudades grandes siempre será necesario estable-

95. *Ibid.*, III, pp. 204-206.

96. Respuestas de las ciudades a las preguntas del Consejo Privado, 1796, en PRO, PC 1/33/A.88: por ejemplo, el alcalde de York, 16 de abril de 1796, «los pobres pueden hacerse cocer el pan en los hornos comunes ...»; alcalde de Lancaster, 10 de abril, «cada familia compra su propia harina y elabora su propio pan»; alcalde de Leeds, 4 de abril, es costumbre «comprar trigo o harina y elaborar el pan propio y cocerlo uno mismo o pagar para que te lo cuezan». Un estudio de los panaderos en el *hundred* de Corby (Northamptonshire) en 1757 indica que de 31 parroquias, una (la de Wilbarston) tenía cuatro panaderos, otra tenía tres, tres tenían dos, ocho tenían uno, y catorce no tenían ningún panadero residente (cuatro no respondieron): Northants. CRO, H (K) 170.

cer el Assize, para convencer al pueblo de que el precio que exigen los Panaderos no es más que lo que creen razonable los Magistrados».<sup>97</sup>

/ El efecto psicológico del Assize fue, por ello, considerable. El panadero no podía tener esperanza de aumentar sus beneficios por encima de la cantidad calculada en el Assize más que con pequeñas estratagemas, algunas de las cuales —como el pan de peso escaso, adulteración, mezcla de harinas baratas y dañadas— estaban sujetas a rectificaciones legales o a recibir represalias instantáneas de la multitud. El panadero, ciertamente, tenía a veces que atender a sus propias relaciones públicas, incluso hasta el extremo de tener que poner a la multitud a su favor: cuando Hannah Pain de Kettering se quejó a los alguaciles sobre la escasez de peso del pan, el panadero «levantó al populacho contra ella... y dijo que merecía ser azotada, pues ya había suficientes heces de la sociedad de este tipo».<sup>98</sup> Muchas corporaciones, a lo largo del siglo, hicieron un gran espectáculo de la supervisión de pesos y medidas, y del castigo de los transgresores.<sup>99</sup> El «Justice Overdo» de Ben Jonson estaba todavía ocupado en las calles de Reading, Coventry o Londres:

Alegre, entra en todas las cervecerías y baja a todos los sótanos;  
mide las tortas ... pesa las hogazas de pan en su dedo corazón ... da  
las tortas a los pobres, el pan al hambriento, las natillas a sus niños.

Dentro de esta tradición encontramos a un magistrado de Londres, en 1795, que, llegando al escenario de un motín en Seven Dials, donde la multitud estaba ya demoliendo una panadería acusada de

97. Smith, *Three tracts on the corn-trade*, p. 30.

98. Interrogatorio de Hannah Pain, 12 de agosto de 1757, Northants. CRO, H(K) 167 (I).

99. Llama la atención que los castigos de estos delitos tuvieran fuerza simbólica: así, 6 acusaciones por peso falso o insuficiente en los tribunales de Bury St. Edmunds, mayo de 1740: Bury St. Edmunds y West Suffolk CRO, D8/1/8(5); 6 multados por peso deficiente en Maidenhead, octubre de 1766: Berks. CRO, M/JMI. En Reading, sin embargo, parece que la vigilancia era bastante constante, en los años buenos tanto como en los malos: Central Public Library, Reading, R/MJ Acc. 167, Court Leet y Visión de Frankpledge. En Manchester los funcionarios del mercado vigilaron hasta la década de 1750, fueron más despreocupados a partir de la citada fecha, pero se mostraron muy activos en abril de 1796: Earwaker, *Court Leet Records*, IX, pp. 113-114.

vender pan de peso escaso, intervino, se apoderó de las mercancías del panadero, pesó las hogazas y, encontrándolas realmente deficientes de peso, las distribuyó entre la multitud.<sup>100</sup>

Sin duda los panaderos, que conocían a sus clientes, se quejaban a veces de su impotencia para reducir los precios, y dirigían a la multitud hacia el molino o el mercado de granos. «Después de vaciar muchas panaderías —relataba el molinero de Snow Hill, Birmingham, refiriéndose al ataque de 1795—, vinieron en grandes grupos contra nosotros ...»<sup>101</sup> Pero en muchos casos la multitud elegía claramente sus propios blancos, eludiendo deliberadamente a los panaderos. Así en 1740 en Norwich la gente «fue a casa de cada uno de los Panaderos de la Ciudad, y fijó una Nota en su Puerta con estas palabras: “Trigo a Diez y Seis Chelines la Rastra”». En el mismo año en Wisbeach obligaron a «los Comerciantes a vender Trigo a cuatro peniques el *bushel* ... no sólo a ellos, sino también a los Panaderos, donde ellos regulaban los Pesos y Precios del Pan».<sup>102</sup>

Pero a esta altura está claro que estamos tratando con un modelo de acción mucho más complejo que el que se puede explicar satisfactoriamente por un encuentro cara a cara entre el populacho y molineros determinados, comerciantes o panaderos. Es necesario dibujar una imagen más amplia de las acciones de la multitud.

## V

Se ha sugerido que el término «motín» representa un instrumento de análisis tosco para muchos de los agravios y circunstancias concretos. Es también un término impreciso para describir los movimientos populares. Si buscamos la fórmula característica de la ac-

100. *Gentleman's Magazine*, LXV (1795), p. 697.

101. Cuaderno manuscrito de Edward Pickering, Birmingham City Ref. Lib. M 22.11.

102. *Ipswich Journal*, 12 y 26 de julio de 1740. (Debo estas referencias al doctor R. W. Malcolmson, de la Queen's University, Ontario.) En modo alguno creía la multitud que los panaderos eran sus principales adversarios, y con frecuencia las formas de presión eran de una complejidad considerable; así, papeles «incendiarios» colocados en los alrededores de Tenterden (1768) incitaban a la gente a alzarse y obligar a los agricultores a vender su trigo a los molineros o a los pobres por 10 libras el cargamento, y amenazaban con destruir a los molineros que dieran un precio más elevado a los agricultores: Shelburne, 25 de mayo de 1768, PRO, SP 44/199.

ción directa, deberíamos tomar, no las disputas en las panaderías en las afueras de Londres, ni aun las grandes refriegas provocadas por el descontento contra los grandes molineros, sino los «levantamientos populares» (muy especialmente los de 1740, 1756, 1766, 1795 y 1800) en los cuales los mineros del carbón y del estaño, los tejedores y operarios de calcetería fueron quienes se destacaron. Lo extraordinario en estas «insurrecciones» es, en primer lugar, su disciplina y, en segundo lugar, el hecho de que exhiben un modelo de conducta cuyo origen debemos buscar unos cientos de años atrás; que más bien gana complejidad en el siglo XVIII; que se repite, aparentemente de manera espontánea, en diferentes puntos del país y después del transcurso de muchos años tranquilos. La acción central en este modelo no es el saqueo de graneros ni el robo de grano o harina, sino el acto de «fijar el precio».

Lo extraordinario de este modelo es que reproduce, a veces con gran precisión, las medidas de emergencia en épocas de escasez, cuya función, entre los años 1580 y 1630, fue codificada en el *Book of Orders*. Estas medidas de emergencia se emplearon en épocas de escasez en los últimos años del reinado de Isabel I, y se pusieron en vigor, en forma un tanto revisada, durante el reinado de Carlos I, en 1630. Durante el reinado de Isabel I se exigía a los magistrados la asistencia a los mercados locales,

y donde encuentre que es insuficiente la cantidad traída para abastecer y atender a dichos mercados y especialmente a las clases más pobres, se dirigirá a las casas de los Agricultores y otros dedicados a la labranza ... y verá qué depósitos y provisiones de grano han retenido tanto trillado como no trillado ...

Podían entonces ordenar a los agricultores mandar «cantidades convenientes» al mercado, para ser vendidas, «y esto a precio razonable». Los alguaciles adquirieron luego autoridad para «establecer un cierto precio por *bushel* de toda clase de grano».<sup>103</sup> La reina y su Consejo opinaban que los altos precios se debían en parte a los monopolistas, y en parte a la «avaricia» de los cultivadores de grano, quienes «no están satisfechos con ninguna ganancia moderada, sino que buscan y proyectan medios de mantener altos los precios con la consiguiente

103. «A coppie of the Councells her[e] for graine delyv<sup>d</sup> at Bodmyn the xith of May 1586»: Bodleian Library, Rawlinson MSS B 285, fols. 66-67.

manifiesta opresión de la clase más pobre». Las órdenes se deben imponer «sin ninguna parcialidad que perdone a ningún hombre».<sup>104</sup>

En esencia, pues, el *Book of Orders* otorgaba a los magistrados el poder (con la ayuda de tribunales locales) de inspeccionar las existencias de cereales en cámaras y graneros;<sup>105</sup> de ordenar el envío de ciertas cantidades al mercado; y de imponer con severidad todas las normas de la legislación sobre licencias y acaparamiento. No se podía vender grano fuera del mercado público, «salvo a algunos pobres artesanos, o Jornaleros de la parroquia en que viven, que no pueden llegar convenientemente a las Ciudades con Mercado». Las Ordenanzas de 1630 no facultaban explícitamente a los alguaciles para fijar el precio, pero les ordenaban asistir al mercado y asegurarse de que «se proveía a los pobres de los Granos necesarios ... con tanta conveniencia en los Precios, como se pudiera obtener por medio de la Persuasión más enérgica de los alguaciles». El poder de fijar el precio del grano o la harina quedaba, en casos de emergencia, a mitad de camino entre la imposición y la persuasión.<sup>106</sup>

104. Hay algún informe sobre el funcionamiento del *Book of Orders* en E. M. Leonard, *Early history of English poor relief*, Cambridge, 1900; Gras, *op. cit.*, pp. 236-242; Lipson, *op. cit.*, III, pp. 440-450; B. E. Supple, *Commercial crisis and change in England, 1600-1642*, Cambridge, 1964, p. 117. Hay documentos que ilustran su funcionamiento en *Official Papers of Nathaniel Bacon of Stiffkey, Norfolk* (Camden Society, 3.ª ser., XXVI, 1915), pp. 130-157.

105. Para un ejemplo, véase *Victoria County history, Oxfordshire*, ed. de W. Page (1907), II, pp. 193-194.

106. Por un Acta de 1534 (25 Henry VIII, c. 2), el Consejo Privado tenía poder para tasar los precios del grano en caso de emergencia. En una nota más bien confusa, Gras (*op. cit.*, pp. 132-133) opina que, después de 1550, dicho poder no se usó nunca. En cualquier caso no fue olvidado; una proclama de 1603 aparece para fijar los precios (Seligman Collection, Columbia Univ. Lib., Proclamations, James I, 1603); el *Book of Orders* de 1630 concluye con la advertencia de que, «si los dueños de grano y otros propietarios de Viveres ... no cumplen voluntariamente estas órdenes», Su Majestad «dará Orden de que sean fijados Precios razonables»; el Consejo Privado intentó controlar los precios por medio de una proclama en 1709, *Liverpool Papers*, Brit. Mus., add. MS. 38.353, fol. 195, y el asunto fue activamente discutido en 1757; véase Smith, *Three tracts on the corn trade*, pp. 29, 35. Y (aparte del Assize of Bread) subsistieron otros poderes de tasa de precios. En 1681 en el mercado de Oxford (controlado por la Universidad) se fijaron precios para la mantequilla, queso, aves, carne, tocino, velas, avena y alubias: «The Oxford Market», *Collectanea*, 2.ª ser., Oxford, 1890, pp. 127-128. Parece que el Assize of Ale desapareció en Middlesex en 1692 (Lipson, *op. cit.*, II, p. 501) y en 1762 se autorizó a los cerveceros a subir el precio de una forma razonable (por 2 Geo. III, c. 14);

Esta legislación de emergencia se fue desmoronando durante las guerras civiles.<sup>107</sup> Pero la memoria popular, especialmente en una sociedad analfabeta, es extraordinariamente larga. Poca duda cabe de que hay una tradición directa que se extiende desde el *Book of Orders* de 1630 a los movimientos de los trabajadores pañeros en el este y oeste de Inglaterra durante el siglo XVIII. (La persona instruida también tiene recuerdos muy profundos: el propio *Book of Orders* se volvió a publicar, extraoficialmente, en 1662, y nuevamente en 1758, con un discurso preliminar para el lector que se refería a la actual «alianza perversa para producir la escasez».)<sup>108</sup>

Las ordenanzas mismas eran en parte una respuesta a las presiones de los pobres:

El Grano es tan caro  
Que no dudo que muchos morirán de hambre este año.

Así decía una copla fijada a la entrada de la iglesia en la parroquia de Wye (Kent) en 1630:

Si no os ocupáis de esto  
algunos de vosotros vais a pasarlo mal.  
Nuestras almas nos son caras,  
de nuestro cuerpo tenemos algún cuidado.  
Antes de levantarnos  
menos cantidad será suficiente ...  
Vosotros que estáis establecidos  
mirad de no deshonrar vuestras profesiones ...<sup>109</sup>

pero cuando en 1762 se propuso elevar el precio en medio penique el cuartillo, sir John Fielding escribió al conde de Suffolk que el aumento «no puede considerarse razonable; ni se someterán a él los súbditos»: *Calendar of Home Office Papers*, 1773, pp. 9-14; P., Mathias, *The brewing industry in England, 1700-1830*, Cambridge, 1959, p. 360.

107. G. D. Ramsay, «Industrial *laissez-faire* and the policy of Cromwell», *Econ. Hist. Rev.*, 1.ª ser., XVI (1946), esp. pp. 103-104; M. James, *Social problems and policy during the Puritan Revolution*, Londres, 1930, pp. 264-271.

108. *Seasonable orders offered from former precedents whereby the price of corn ... may be much abated* (1662), reimpresión de las Elizabethan Orders; J. Massie, *Orders appointed by His Majestie King Charles I (1758)*.

109. *Calendar State Papers, Domestic*, 1630, p. 387. [If you see not to this / Sum of you will speed amis. / Our souls they are dear. / For our bodys have sune ceare / Before we arise / Less will safise ... / You that are set in place / See that youre profesion you doe not disgrace ...]

Ciento treinta años después (1768) se clavaron nuevamente hojas incendiarias en las puertas de las iglesias (así como en las enseñas de las posadas) de parroquias dentro del mismo contorno de Scray, en Kent, incitando a los pobres a sublevarse.<sup>110</sup> Pueden observarse muchas continuidades semejantes, aunque sin duda el modelo de acción directa se extendió a nuestros distritos en el siglo XVIII. En muchas ocasiones, en las antiguas regiones fabriles del Este y el Oeste, la multitud sostuvo que, puesto que las autoridades se negaban a imponer «las leyes», tenían que imponerlas por sí mismos. En 1693, en Banbury y Chipping Norton la multitud «sacó el grano a la fuerza de los carros, cuando se lo llevaban los acaparadores, diciendo que estaban resueltos a ejecutar las leyes, ya que los magistrados no se ocupaban de hacerlo».<sup>111</sup> Durante los desórdenes que se extendieron por el Oeste en 1766 el *sheriff* de Gloucestershire, un pañero, no pudo ocultar su respeto por los amotinados, los cuales

fueron ... a una casa de labranza y atentamente expresaron su deseo de que se trillara y llevara al mercado el trigo y se vendiera en cinco chelines por *bushel*, prometido lo cual y habiéndoles dado algunas provisiones sin solicitarlas, se marcharon sin la menor violencia u ofensa.

Si seguimos otros pasajes del relato del *sheriff* podemos encontrar la mayor parte de las características que presentan estas acciones:

El Viernes pasado, al toque de trompeta, se puso en pie una muchedumbre compuesta toda ella de la gente más baja, como tejedores, menestrales, labradores, aprendices y chicos, etc.

«Se dirigieron a un molino harinero que está cerca del pueblo ... abrieron los costales de Harina y la repartieron y se la llevaron y destruyeron el grano, etc.» Tres días después envió otro informe:

Visitaron a Agricultores, Molineros, Panaderos y tiendas de buhoneros, vendiendo grano, harina, pan, queso, mantequilla y tocino a sus propios precios. En general devolvieron el producto (es decir, el dinero) a los propietarios o en ausencia de ellos dejaron el dinero;

y se comportaron con gran regularidad y decencia donde no encontraron oposición, con desenfreno y violencia donde la encontraron; pero saquearon muy poco, para evitar lo cual no permiten ahora a las Mujeres y a los muchachos que les acompañen.

Después de visitar los molinos y mercados en los alrededores de Gloucester, Stroud y Cirencester, se dividieron en grupos de cincuenta y cien, y visitaron las aldeas y fincas pidiendo que se llevara el grano al mercado a precios justos, y entrando a la fuerza en los graneros. Un grupo grande visitó al *sheriff* en persona, soltaron sus porras mientras les hablaba de sus delitos, escucharon con paciencia, «gritaron alegremente Dios Salve al Rey» y después recogieron sus porras y volvieron a la buena labor de fijar el precio. El movimiento tuvo en parte el carácter de huelga general de todo el distrito textil: «los amotinados entraron en nuestros talleres ... y forzaron a salir a todos los hombres quisieran o no unirse a ellos».<sup>112</sup>

Fue este un movimiento extraordinariamente disciplinado y a gran escala. Pero el relato nos lleva a observar características que se encuentran repetidamente. Así, el movimiento de la multitud desde el mercado hacia los molinos y de allí (como en el *Book of Orders*) a las fincas, donde se inspeccionaban las existencias y se ordenaba a los agricultores enviar el grano al mercado al precio dictado por la multitud: todo esto se encuentra habitualmente. Ello iba a veces acompañado de la tradicional ronda de visitas a las residencias de las personas importantes para pedir contribuciones, forzadas o voluntarias. En Norwich, en 1740, la multitud, después de obligar a la baja de precios en la ciudad, y de apoderarse, en el río, de una barcaza cargada de trigo y centeno, pidió contribuciones a los ricos de la ciudad:

El martes por la Mañana temprano, se reunieron nuevamente, al toque de los Cuernos; y después de una breve Confabulación, se dividieron en grupos y salieron del Pueblo por diferentes Puertas, llevando delante de ellos un largo cartel que proponía visitar a los Caballeros y Agricultores de las aldeas vecinas, para exigirles Dinero, Cerveza Fuerte, etc. En muchos lugares, donde la Generosidad de la Gente no respondía a sus Expectaciones, se dice que mostraron su resentimiento pisoteando el Grano de los Campos ...

110. *Calendar of Home Office Papers*, 1768, p. 342.

111. Westerfield, *op. cit.*, p. 148.

112. Cartas de W. Dalloway, Brimscomb, 17 y 20 de septiembre de 1766, en PRO, PC 1/8/41.

Las multitudes, en su deambular con el propósito de inspeccionar, se mostraron muy activas durante este año, especialmente en Durham y Northumberland, el West Riding y varias zonas del norte de Gales. Los manifestantes en contra de la exportación, que salieron de Dewsbury (abril de 1740), iban encabezados por un tamborilero y «algo parecido a una enseña o bandera»; realizaron un recorrido regular por los molinos locales, destruyendo maquinaria, cortando sacos y llevándose grano y harina. En 1766, la multitud que recorría el valle del Támesis en acto de inspeccionar, se bautizó a sí misma con el nombre de «los Reguladores»; un agricultor aterrorizado les permitió dormir en la paja de su corral y «pudo oír desde su Aposento que hablaban entre sí sobre a quién habían asustado más, y dónde habían tenido mejor fortuna». El modelo continúa en la década de 1790: en Ellesmere (Shropshire) la multitud detuvo el grano que era conducido a los molinos y amenazó individualmente a los agricultores; en el bosque de Dean los mineros visitaron los molinos y las viviendas de los agricultores, exigiendo dinero «a las personas que encontraban en la carretera»; en el oeste de Cornualles los mineros del estaño visitaron las fincas con un dogal en una mano y en la otra un acuerdo escrito de llevar el grano a precios reducidos al mercado.<sup>113</sup>

Lo notable es la moderación, más que el desorden. Y no cabe la menor duda de que estas acciones eran aprobadas por un consenso popular abrumador; se siente la profunda convicción de que los precios *deben* ser regulados en épocas de escasez, y de que los explotadores se excluyen a sí mismos de la sociedad. En ocasiones, la multitud intentaba por persuasión o por fuerza atraerse a un magistrado, jefe de la policía de la parroquia, o a algún otro representante de la autoridad, para presidir la *taxation populaire*. En 1766 en Drayton (Oxfordshire) miembros de un tropel fueron a casa de John Lyford «y le preguntaron si era Jefe de Policía; al contestar “sí”

113. Norwich, 1740: *Ipswich Journal*, 26 de julio de 1740; Dewsbury, 1740: J. L. Kaye y cinco magistrados, Wakefield, 30 de abril de 1740, en PRO, SP 36/50; Thames Valley, 1766, testimonio de Bartholomew Freeman de Bisham Farm, 2 de octubre de 1766, en PRO, TS 11/995/3707; Ellesmere, 1795: PRO, WO 1/1089, fol. 359; Bosque de Dean: John Turner, alcalde de Gloucester 24 de junio de 1795, PRO, WO 1/1087; Cornualles: véase John G. Rule, «Some social aspects of the Cornish industrial revolution», en Roger Burt, ed., *Industry and society in the south-west*, Exeter, 1970, pp. 90-91.

Cheer le dijo que debía acompañarlos a la Cruz y recibir el dinero de tres sacos de harina que habían tomado de una tal Betty Smith y que venderían a cinco chelines el *bushel*»; la misma muchedumbre se agenció al jefe de policía de Abingdon para el mismo servicio. El jefe de policía de Handborough (también en Oxfordshire) fue requerido de manera similar, en 1795; la multitud fijó un precio —y un precio considerable— de 40 chelines el saco de un carro de harina que había sido interceptado, y le fue entregado el dinero correspondiente a no menos de quince sacos. En la isla de Ely, en el mismo año, «el populacho insistió en comprar carne a 4 peniques la libra, y pidieron al Sr. Gardner, un Magistrado, que supervisara la venta, como había hecho el Alcalde en Cambridge el Sábado por la noche». Y también en 1795 hubo un cierto número de ocasiones en que la milicia o las tropas regulares supervisaron ventas forzadas, algunas veces a punta de bayoneta, mientras sus oficiales miraban resueltamente hacia otro lado. Una operación combinada de soldados y muchedumbre forzó al alcalde de Chichester a acceder a fijar el precio del pan. En Wells, miembros del 122 regimiento empezaron

por abuchear a los que ellos denominaban acaparadores o traficantes de mantequilla, a quienes persiguieron en distintas partes del pueblo; se apoderaron de la mantequilla; la reunieron toda; le pusieron centinelas; y después la echaron, y la mezclaron en una cuba; y después la vendieron al por menor, pesándola en balanzas y vendiéndola al precio de 8 peniques la libra ... aunque el precio normal que le daban los intermediarios era algo más de 10 peniques.<sup>114</sup>

Sería absurdo sugerir que, cuando se abría una brecha tan grande en los muros del respeto, muchos no aprovecharan la oportunidad para llevarse mercancías sin pagar. Pero existen abundantes testimonios de lo contrario, y algunos son impresionantes. Está el caso

114. Drayton, Oxon, relación contra Wm. Denley y otros tres, en PRO, TS 11/995/3707; Handborough, información de Robert Prior, alguacil, 6 de agosto de 1795, PRO, tribunal 5/116; Isla de Ely, lord Hardwicke, Wimpole, 27 de julio de 1795, PRO, HO 43/35 y H. Gunning, *Reminiscences of Cambridge* (1854), II, pp. 5-7; Chichester: duque de Richmond, Goodwood, 14 de abril de 1795, PRO, WO 1/1092; Wells: «Verax», 28 de abril de 1795, PRO, WO 1/1082 y rev. J. Turner, 28 de abril, HO 42/34. Para el ejemplo de un alguacil que fue ejecutado por su participación en un motín de estañeros en Saint Austell, 1729, véase Rule, *op. cit.*, p. 90.

de los encajeros de Honiton que, en 1766, quitaron el grano a los agricultores, lo vendieron en el mercado a precio popular y devolvieron a los agricultores, no sólo el dinero, sino también los sacos; la muchedumbre de Oldham, en 1800, que racionó a cada comprador a dos celemines por cabeza, y las muchas ocasiones en que se detenían los carros en la carretera, se vendía su contenido y se confiaba el dinero al carretero.<sup>115</sup>

Más aún, en aquellos casos en que se tomaban las mercancías sin pagarlas, o en que se cometían actos de violencia, sería prudente averiguar si el caso presenta alguna circunstancia particular agravante. Esta distinción se hace en el informe de una acción llevada a cabo en Portsea (Hampshire) en 1795. Los panaderos y carniceros fueron los primeros a quienes la multitud ofreció los precios por ella fijados: «a los que se amoldaron a estas exigencias se les pagó con exactitud», pero los que se negaron vieron sus tiendas desvalijadas, «sin recibir más dinero que el que quiso dejar el populacho». Los canteros de Port Isaac (Cornualles), en el mismo año, se apoderaron de la cebada almacenada para la exportación, pagando un precio razonablemente alto de 11 peniques el *bushel*, advirtiendo al mismo tiempo al propietario que «si pretendía transportar el Remanente vendrían y lo tomarían sin compensación alguna». Con frecuencia aparecen motivaciones de castigo o venganza. El gran motín de Newcastle de 1740, en que los mineros y los bateleros irrumpieron en el ayuntamiento, destruyeron los libros, se repartieron el contenido de las arcas municipales y arrojaron barro y piedra a los concejales, se produjo tan sólo a consecuencia de dos provocaciones: primero, tras romperse un acuerdo entre los dirigentes de los mineros y los comerciantes (en el que actuó un concejal como árbitro), acuerdo que fijaba los precios del grano; segundo, cuando representantes de la autoridad, aterrorizados, dispararon contra la multitud desde las escaleras del ayuntamiento. En 1766, en Gloucestershire, se dispararon tiros contra la multitud desde una casa, lo cual, escribe el *sheriff*,

les molestó tanto que entraron por la fuerza en la casa, y destruyeron todos los muebles, ventanas, etc., y quitaron parte de las tejas;

115. R. B. Rose, *op. cit.*, p. 435; Edwin Butterworth, *Historical sketches of Oldham*, Oldham, 1856, pp. 137-139, 144-145.

después reconocieron que se arrepentían mucho de este acto porque no era el dueño de la casa (que estaba fuera) el que había disparado contra ellos.

En 1795 los mineros del estaño organizaron un ataque contra un comerciante de Penryn (Cornualles) que había sido contratado para enviarles cebada, pero que les había mandado grano estropeado y en germinación. Cuando se atacaba a los molinos, y se estropeaba la maquinaria, era a menudo como consecuencia de una advertencia prolongada que no había sido escuchada, o como castigo a alguna práctica escandalosa.<sup>116</sup>

Realmente, si deseamos poner en duda la visión no lineal y espasmódica del motín de subsistencias, no tenemos más que apuntar hacia este tema continuado de la intimidación popular, en el que hombres y mujeres a punto de morir de inanición atacaban no obstante molinos y graneros, no para robar el alimento, sino para castigar a los propietarios. Repetidamente, se derramaban el grano o la harina a lo largo de carreteras y setos, se arrojaban al río, se estropeaba la maquinaria y se abrían las compuertas del molino. Ante ejemplos de un comportamiento tal, las autoridades reaccionaban tanto con indignación como con asombro. Era un comportamiento (en su opinión) sintomático del estado de ánimo «frenético» y destemplado de una gente cuyo cerebro estaba excitado por el hambre. En 1795, tanto el justicia mayor como Arthur Young, dirigieron discursos a los pobres en los que se destacaba que la destrucción del grano no era el mejor medio de mejorar el suministro de pan. Hannah More añadió una «Homilía de Medio Penique». Un versificador de 1800 nos da un ejemplo bastante más vivo de estas amonestaciones a las clases bajas:

Cuando pasas las horas con tus Amigos del campo,  
y tomas, con la abundancia que quieras, el vaso desbordante,  
cuando todo se vuelve tranquilo, si oyes por casualidad  
«que son los Acaparadores los que encarecen tanto el grano;

116. Portsea: *Gentleman's Magazine*, LXV (1795), p. 343; Port Isaac, sir W. Molesworth, 23 de marzo de 1795, PRO, HO 42/34; Newcastle, *Gentleman's Magazine*, X (1740), p. 355, y varias fuentes en PRO, SP 36/51, en Northumberland CRO y Newcastle City Archive Office; Gloucestershire, 1766: PRO, PC 1/8/41; Penryn, 1795: PRO, HO 42/34.

que necesitan y conseguirán pan: ya han comido bastante arroz y Sopa, y engrudos por el estilo: lo tomarán sin pedirlo y se esforzarán por la fuerza y la violencia en vengarse de estos ladrones de granos»: John jura que luchará mientras le quede aliento, «es mejor ser colgado que morir de hambre: quemará el granero del Señor Hoardum, eso hará, sofocará al viejo Filchbag, y destruirá su molino». Y cuando preparen la Púa y la Horca y todos los útiles de la guerra rústica ... hálbales de los males que acompañan los actos ilegales, acciones que, comenzadas en la ira, terminan en dolor, que quemar pajares, y destruir molinos, no producirá grano ni llenará los estómagos.<sup>117</sup>

¿Pero eran realmente tan ignorantes los pobres? Uno sospecha que los molineros y comerciantes que estaban ojo avizor con respecto a la gente y al tiempo procuraban elevar al máximo sus beneficios, conocían mejor las circunstancias que los poetastros sentados en sus escritorios. Pues los pobres tenían sus propias fuentes de información. Trabajaban en los puertos. Transportaban las barcas a lo largo de los canales. Conducían los carros y manejaban las barreras de peaje. Trabajaban en los graneros y molinos... Con frecuencia conocían los hechos locales mucho mejor que la *gentry*; en muchas acciones fueron derechos a las provisiones de grano escondidas cuya existencia habían negado, de buena fe, los jueces de paz. Si es cierto que los rumores iban muchas veces más allá de todo límite, tenían siempre al menos su raíz en una ligera base de realidad. Los pobres sabían que la única forma de someter a los ricos era retorcerles el brazo.

117. Anónimo, *Contentment: or Hints to servants, on the present scarcity* (hoja suelta, 1800). [When with your country Friends your hours you pass, / And take, as oft you're wont, the copious glass, / When all grow mellow, if perchance you hear / «That 'tis th' Engrossers make the corn so dear; / »They must and will have bread; they've had enough / »Of Rice and Soup, and all such *squashy* stuff: / »They'll help themselves: and strive by might and main / »To be reveng'd on all such rogues in grain»: / John swears he'll fight as long as he has breath, / «'Twere better to be hang'd than starv'd to death: / »He'll burn Squire Hoardum's garner, so he will, / »Tuck up old Filchbag, and pull down his mill». / Now when the Prong and Pitchfork they prepare / And all the implements of rustick war ... / Tell them what ill unlawful deeds attend, / Deeds, which in wrath begun, and sorrow end, / That burning barns, and pulling down a mill, / Will neither corn produce, nor bellies fill.]

## VI

Las iniciadoras de los motines eran, con frecuencia, las mujeres. Sabemos que en 1693 una gran cantidad de mujeres se dirigieron al mercado de Northampton, con «cuchillos escondidos en sus corpiños para forzar la venta del grano según su propia evaluación». En un motín contra la exportación en 1737, en Poole (Dorset), se informó que «los Grupos se componen de muchas Mujeres, y los Hombres las apoyan, y Juran que si alguien se atreve a molestar a alguna de las Mujeres en sus Acciones, ellas pueden levantar un Gran Número de Hombres y destruir tanto Barcos como Cargamentos». El populacho fue alzado, en Stockton (Furham) en 1740, por una «Señora con un palo y un cuerno». En Haverfordwest (Pembroke), en 1795, un anticuado juez de paz que intentó, con ayuda de un subalterno, luchar con los mineros del carbón, se quejó de que «las mujeres incitaban a los Hombres a la pelea, y eran perfectas furias. Recibí algunos golpes de alguna de ellas sobre mis Espaldas ...». Un periódico de Birmingham describía los motines de Snow Hill como obra de «una chusma, incitada por furiosas mujeres». En docenas de casos ocurre lo mismo: las mujeres apedreando a un comerciante poco popular con sus propias patatas, o combinando astutamente la furia con el cálculo de que eran algo más inmunes que los hombres a las represalias de las autoridades; «las mujeres dijeron a los hombres del vulgo —dijo el magistrado de Haverfordwest refiriéndose a los soldados— que ellas sabían que las tenían en sus Corazones y que no les harían ningún daño».<sup>118</sup>

Estas mujeres parecen haber pertenecido a una prehistoria de su sexo anterior a la Caída, y no haber tenido conciencia de que debían haber esperado unos doscientos años para su liberación. (Southey

118. Northampton: *Calendar State Papers, Domestic*, 1693, p. 397; Poole, memorial de Chitty y Lefebare, mercaderes, incluido en Holles, Newcastle, 26 de mayo de 1737, PRO, SP 41/10; Stockton, Edward Goddard, 24 de mayo de 1740, PRO, SP 36/50 («Encontramos una Señora con un palo y un cuerno que iba camino de Norton para sublevar a la gente ... le quitamos el cuerno mientras ella nos colmaba de improperios y la seguimos hasta la ciudad, donde sublevó a tanta gente como pudo ... Ordenamos que la mujer fuera apresada ... Ella no paraba de gritar: ¡Mal-ditos seáis todos! ¿Dejaréis que sufra o vaya a la cárcel?»; Haverfordwest: PRO, HO 42/35; Birmingham: J. A. Langford, *A century of Birmingham life*, Birmingham, 1868, II, p. 52.

podía escribir, como lugar común, en 1807: «Las mujeres están más dispuestas a amotinarse: tienen menos temor a la ley, en parte por ignorancia, y en parte porque abusan del privilegio de su sexo, y por consiguiente en todo tumulto público sobresalen en violencia y ferocidad.»<sup>119</sup> Eran también, por supuesto, las más involucradas en la compra y venta cara a cara, las más sensibles a la trascendencia del precio, las más experimentadas en detectar el peso escaso o la calidad inferior. Es probable que con mucha frecuencia las mujeres precipitaran los movimientos espontáneos, pero otros tipos de acciones se preparaban con más cuidado. Algunas veces se clavaban carteles en las puertas de iglesias o posadas. En 1740 «se pregonó en Ketring un Partido de Fútbol de Quinientos Hombres de un lugar, pero la intención era Destruir los Molinos de la Señora Betey Jesmaine». Es posible que a finales de siglo se hiciera más corriente la distribución de avisos escritos a mano. Proveniente de Wakefield (Yorkshire), 1795:

Para avisar

A todas las Mujeres domiciliadas en Wakefield que se desea se reúnan en la Iglesia Nueva ... el próximo Viernes a las Nueve ... para fijar el precio del trigo ...

Por deseo de los habitantes de Halifax  
que se reunirán con ellas allí.

De Stratton (Cornualles), 1801:

A todos los Hombres trabajadores y Comerciantes en la Centena de Stratton que están dispuestos a salvar a sus Mujeres e Hijos de la Terrible condición de ser llevados a la Muerte por Hambre por el agricultor insensible y acaparador ... Reuníos todos inmediatamente y marchad en temeroso Orden de Batalla hacia las Viviendas de los agricultores usureros, y Obligadlos a Vender el Grano en el Mercado, a un precio justo y razonable ...<sup>120</sup>

119. *Letters from England*, Londres, 1814, II, p. 47. Las mujeres tenían otros recursos además de la ferocidad: un coronel de Voluntarios se lamentaba de que «el Diablo en forma de Mujeres está ahora usando toda su influencia para inducir a la tropa a romper su lealtad a sus Oficiales»: Lt.-Col. J. Entwisle, Rochdale, 5 de agosto de 1795, PRO, WO 1/1086.

120. Kettering: PRO, SP 36/50: para otros ejemplos del uso del fútbol para congregar a las masas, véase R. M. Malcolmson, «Popular Recreations in English So-

La acción espontánea en pequeña escala podía derivarse de una especie de abucheo o griterío ritual frente a la tienda del vendedor al por menor,<sup>121</sup> de la intercepción de carros de grano o harina al pasar por un centro populoso, o de la simple congregación de una multitud amenazante. Con gran rapidez se desarrollaba una situación de negociación: el propietario de las provisiones sabía muy bien que si no aceptaba voluntariamente el precio impuesto por la multitud (y su conformidad hacía muy difícil cualquier prosecución subsiguiente) corría el peligro de perder todas sus mercancías. Cuando fue interceptado un carro con sacos de trigo y harina en Handborough (Oxfordshire), en 1795, unas mujeres se subieron al carro y tiraron los sacos a los lados de la carretera. «Algunas de las personas allí reunidas dijeron que darían Cuarenta Chelines por el Saco de Harina, y que pagarían eso, y no darían más, y que si eso no era bastante, lo tomarían por la fuerza.» El propietario (un *yeoman*) lo aceptó finalmente: «Si tiene que ser ese el precio, que lo sea». El procedimiento de forzar la negociación se puede ver con igual claridad en la declaración de Thomas Smith, un panadero, que fue a Hadstock (Essex) con pan en sus alforjas (1795). Fue detenido en la calle de la aldea por un grupo de cuarenta o más mujeres y niños. Una de las mujeres (esposa de un trabajador) detuvo su caballo

y habiéndole preguntado si había rebajado el precio del Pan, él le dijo que no tenía Órdenes de los Molineros de rebajarlo, y ella dijo entonces «Por Dios que si no lo rebajas no dejarás ningún Pan en este Pueblo» ...

Varias personas entre la multitud ofrecieron entonces 9 peniques por un pan de 4 libras, mientras que él pedía 19 peniques. Entonces «juraron que si no se lo daba a 9 peniques la Hogaza se lo quitarían, y antes de que pudiera dar otra respuesta, varias Personas que estaban a su alrededor sacaron varias Hogazas de sus Cestas ...». Sólo al llegar a este punto aceptó Smith vender a 9 peniques la

cietty, 1700-1850», tesis doctoral, Universidad de Warwick, 1970, pp. 89-90. Wakefield: PRO, HO 42/35; Stratton: aviso manuscrito, fechado el 8 de abril y firmado «Cato», en PRO, HO 42/61 fol. 718.

121. Un corresponsal de Rosemary Lane (Londres), 2 de julio de 1795, se quejó de que le despertara a las cinco de la madrugada «un espantoso quejido (como lo llama la Chusma), pero yo lo llamaría chillidos»: PRO, WO 1/1089, fol. 719.

hogaza. La negociación fue bien entendida por ambas partes, y los vendedores al por menor, que tenían que contar con sus clientes tanto en los años buenos como en los malos, capitulaban con frecuencia ante las primeras señales de turbulencia por parte de la multitud.

→ En disturbios a gran escala, una vez formado el núcleo del motín, el resto de la muchedumbre era a menudo levantado a toque de trompeta y tambores. «El lunes pasado —comenzaba una carta de un magistrado de Shropshire en 1756—, los mineros de Broseley se reunieron al son de las trompetas, y se dirigieron al Mercado de Wenlock ...» El punto crítico era la reunión de un núcleo determinado. El destacado papel de los mineros no se explica por su «virilidad» y por el hecho de estar particularmente expuestos a la explotación del consumidor, sino también por su número y por la natural disciplina de una comunidad minera. «El jueves por la mañana —declaró John Todd, un minero de la mina de carbón de Heaton, Gateshead (1740)—, en el momento en que empezaba la ronda de noche», sus compañeros de mina, «en número de 60 u 80 detuvieron la bomba de agua de la mina ... y se propuso venir a Newcastle para fijar los precios del grano ...». Cuando vinieron desde la mina de carbón de Nook a Haverfordwest, en 1795 (el magistrado relata que su ayudante dijo: «Doctor, aquí vienen los mineros ... yo levanté la vista y vi una gran multitud de hombres, mujeres y niños con porras de roble que bajaban por la calle gritando “todos a una, todos a una”»), los mineros explicaron más tarde que habían venido a petición de los pobres de la ciudad, que no tenían el ánimo necesario para fijar el precio por su cuenta.<sup>122</sup>

La composición de la multitud en cuanto a profesiones nos proporciona pocas sorpresas. Era (al parecer) bastante representativa de las ocupaciones de las «clases más bajas» en las zonas de motines. En Witney (Oxfordshire) encontramos informes contra un tejedor de mantas, un sastre, la mujer de un vendedor de bebidas alcohólicas y un criado; en Saffron Walden (Essex) acusaciones contra dos cabestreros, un zapatero, un albañil, un carpintero, un aserrador, un trabajador del estambre, y nueve labradores; en varias aldeas de Devonshire (Sampford Peverell, Burlescomb, Culmstock)

122. Broseley, T. Whitmore, 11 de noviembre de 1756, PRO, SP 36/136; Gateshead, información de John Todd en Newcastle City Archives; Haverfordwest, PRO, HO 42/35.

encontramos con que se acusa a un hilandero, dos tejedores, un cardador de lana, un zapatero, un bordador y diez trabajadores; en el suceso de Handborough se habló en una información de un carpintero, un cantero, un aserrador y siete labradores.<sup>123</sup> Había menos acusaciones en relación a la supuesta instigación por parte de personas con una posición superior en la vida de las que Rudé y otros han observado en Francia,<sup>124</sup> a pesar de que se sugería con frecuencia que los trabajadores eran alentados por sus superiores a adoptar un tono hostil hacia agricultores e intermediarios. Un observador del suroeste sostenía en 1801 que los motines estaban «ciertamente dirigidos por comerciantes inferiores, cardadores, y disidentes, que se mantenían apartados pero, por su lenguaje e inmediata influencia, gobernaban a las clases bajas». <sup>125</sup> Ocasionalmente, se adujo que personas que empleaban muchos trabajadores habían animado a sus propios obreros a actuar.<sup>126</sup>

Otra diferencia importante, en comparación con Francia, era la relativa inactividad de los braceros agrícolas de Inglaterra en contraste con la actividad de los *vignerons* y el pequeño campesinado francés. Muchos productores de cereal, por supuesto, continuaron con la costumbre de vender grano barato a sus propios braceros. Pero esto se aplicaba sólo a los braceros regulares, con contratos anuales, y a ciertos distritos. Por otra parte, los trabajadores rurales sí que participaban en los motines cuando otro grupo (como los

123. Witney, información de Thomas Hudson, 10 de agosto de 1795, PRO, tribunal 5/116; Saffron Walden, acusaciones por delitos el 27 de julio 1795, PRO, tribunal 35/236; Devonshire, calendario para el Circuito de Verano, 1795, PRO, tribunal 24/43; Handborough, información de James Stevens, cabeza de decena de vecinos, 6 de agosto de 1795, PRO, tribunal 5/116. Los trece amotinados de Berkshire en 1766 juzgados por la encomienda especial fueron calificados de «braceros»; de las 66 personas que comparecieron ante la encomienda especial en Gloucester en 1766, 51 fueron calificados de «braceros», 10 eran esposas de «braceros», 3 eran solteras: las calificaciones revelan poco: G. B. *Deputy Keeper of Public Records, 5th Report* (1844), II, pp. 198-199, 202-204. Para el País de Gales, 1793-1801, véase Jones, «Corn riots in Wales», App. III, p. 350. Para Dundee, 1772, véase S. G. E. Lythe, «The Tayside meal mobs», *Scot. Hist. Rev.*, XLVI (1967), p. 34: un portero, un cantero, tres tejedores y un marinero fueron acusados.

124. Véase Rudé, *The crowd in history*, p. 38.

125. Teniente general J. G. Simcoe, 27 de marzo de 1801, PRO, HO 42/61.

126. Así, en un motín provocado por la exportación en Flint (1740) hubo alegaciones de que el mayordomo de sir Thomas Mostyn había encontrado armas para sus propios mineros: diversas deposiciones en PRO, SP 36/51.

mineros) formaba el núcleo original, o cuando una cierta actividad los reunía en número suficiente. Cuando un grupo grande de braceros recorrió el valle del Támesis en 1766, la acción había comenzado entre cuadrillas que trabajaban en la barrera de portazgo de una carretera, quienes dijeron «con una sola voz: Vamos todos a una a Newbury en una corporación para Poner más Barato el Pan». Una vez en el pueblo, lograron más apoyos, desfilando por la plaza y dando tres vítores. En East Anglia, en 1795, se creó un núcleo similar entre los *bankers* (cuadrillas «empleadas para limpiar Zanjas de Drenaje y en la presa»). Los *bankers* estaban también menos sujetos a la identificación inmediata y al castigo, o a las venganzas del paternalismo rural, que los trabajadores de la tierra, puesto que eran, «en su mayor parte, extranjeros de diferentes comarcas los cuales no son tan fácilmente apaciguados como los que viven en el lugar».<sup>127</sup>

En realidad, el motín de subsistencias no precisaba de un alto grado de organización. Necesitaba un consenso de apoyo en la comunidad, y un modelo de acción heredado, con sus propios objetivos y restricciones. La persistencia de esta forma de acción suscita una cuestión interesante: ¿hasta qué punto tuvo, en cualquier sentido, éxito? ¿Hubiera continuado durante tantos años —realmente cientos de años— si hubiera fracasado decididamente en lograr sus objetivos, y no hubiera dejado tras de sí más que unos pocos molinos destruidos y víctimas en las horcas? Es una pregunta especialmente difícil de contestar; pero que debe ser planteada.

## VII

A corto plazo, parece probable que el motín y la fijación de precios frustraran sus propios objetivos. Los agricultores se veían a veces intimidados hasta tal punto que se negaban después, durante varias semanas, a llevar sus productos al mercado. Es probable que la interdicción del movimiento del grano dentro de la región no hiciera más que agravar la escasez en otras. Aunque pueden encontrarse ejemplos en que el motín parece producir una caída de los

127. Newbury: escrito en PRO, TS 11/995/3707; East Anglia: B. Clayton, Boston, 11 de agosto de 1795, PRO, HO 42/35.

precios, y ejemplos también de lo contrario, e incluso otros en los que parece haber poca diferencia en el movimiento de precios en mercados donde hubo y no hubo motín, ninguno de esos ejemplos —sean calculados por agregación o por término medio— tiene por qué revelar necesariamente el efecto que la *expectación* del motín producía sobre la situación total del mercado.<sup>128</sup>

Podemos tomar una analogía de la guerra. Los beneficios reales inmediatos de la guerra rara vez son significativos, ni para vencedores ni para vencidos, pero los beneficios que se pueden obtener de la *amenaza* de guerra pueden ser considerables y, sin embargo, la amenaza de guerra no comporta terror alguno si no se llega nunca a la sanción de la guerra. Si el mercado fue un campo de batalla de la guerra de clases en la misma medida en que llegaron a serlo la fábrica y la mina durante la Revolución industrial, entonces la amenaza del motín afectaría a la situación total del mercado, no sólo en años de escasez, sino también en años de cosecha media, y no sólo en pueblos destacados por su susceptibilidad al motín, sino también en aldeas donde las autoridades deseaban preservar una tradición de paz. Por muy meticulosamente que cuantifiquemos los datos disponibles, éstos no pueden mostrarnos a qué nivel habrían subido los precios si se hubiera eliminado totalmente la amenaza del motín.

Las autoridades de zonas propensas al motín dominaban a menudo los disturbios de manera equilibrada y competente. Esto nos permite a veces olvidar que el motín era una calamidad que producía con frecuencia una profunda dislocación de las relaciones sociales de la comunidad, cuyos efectos podían perdurar durante años. Los magistrados provinciales se encontraban muchas veces en un extremado aislamiento. Las tropas, si es que se las llamaba, podían tardar dos, tres o más días en llegar, y la multitud lo sabía muy bien. El *sheriff* de Gloucestershire, en los primeros días del «levantamiento» de 1766, no pudo sino acudir al mercado de Stroud con sus «hombres de jabalina». Un magistrado de Suffolk, en 1709, se

128. Indudablemente, investigaciones pormenorizadas de movimientos de precios a corto plazo en relación con los motines, que varios investigadores desarrollan ahora con ayuda de ordenadores, ayudará a afinar la cuestión; pero las variables son muchas, y la evidencia con respecto a algunas (*anticipación* de motín, persuasión ejercida sobre arrendatarios, comerciantes, etc., suscripciones caritativas, aplicación de precios para pobres, etc.) es a menudo difícil de encontrar y de cuantificar.

abstuvo de encarcelar a los dirigentes de la muchedumbre porque «el Populacho amenazó con destruir tanto su casa como el Calabozo si castigaba a cualquiera de sus compañeros». Otro magistrado que, en 1740, dirigió un harapiento y nada marcial *posse committatus* a través del Yorkshire del norte hasta Durham, haciendo prisioneros por el camino, quedó desalentado al ver a los ciudadanos de Durham darse la vuelta y liberar a dos de los presos a la puerta de la cárcel. (Tales rescates eran normales.) Un exportador de grano, de Flint, tuvo una experiencia aún más desagradable en el mismo año: los amotinados entraron en su casa, se bebieron la cerveza y el vino de su bodega, y permanecieron

con una Espada Desnuda apuntando al pecho de mi Nuera ... Tienen muchas Armas de Fuego, Picas y Espadas. Cinco de ellos con Picas declaran que cuatro son suficientes para llevar mis Cuatro Cuartos y el otro mi cabeza en triunfo con ellos ...

La cuestión del orden no era ni mucho menos sencilla. La insuficiencia de las fuerzas civiles se combinaba con la repugnancia a emplear la fuerza militar. Los funcionarios mismos tenían la suficiente humanidad y estaban acorralados por ambigüedades suficientes, en cuanto a sus poderes en caso de disturbios civiles, como para mostrar una marcada falta de entusiasmo por ser empleados en este «Servicio Odioso».<sup>129</sup> Si los magistrados locales llamaban a las tropas, o autorizaban el uso de armas de fuego, tenían que seguir viviendo en el distrito después de la marcha de las tropas, incurriendo en el odio de la población local, quizá recibiendo cartas amenazadoras o siendo víctimas de rupturas de ventanas e incluso de incendios. Las tropas alojadas en un pueblo se hacían rápidamente impopulares incluso entre aquellos que al principio las habían llamado. Con extraña regularidad las peticiones para recibir ayuda de tropas son seguidas, en los documentos del Ministerio del Interior o del Ministerio de la Guerra, tras un intervalo de cinco o seis semanas, por peticiones para su retirada. Una lastimosa súplica de los habitantes de Sunderland, encabezada por su rector, pedía, en 1800, la retirada del 68 regimiento:

129. «... un Servicio de lo más Odioso que nada salvo la Necesidad puede justificar», vizconde Barrington a Weymouth, 18 de abril de 1768; PRO, WO 4/3, fols. 316-317.

Su principal objetivo es el robo. Varias personas han sido golpeadas y despojadas de sus relojes, y siempre se ha hecho de la manera más violenta y brutal.

A un joven le fracturaron el cráneo, a otro le cortaron el labio superior. Los habitantes de Wantage, Farringdon y Abingdon pidieron

en nombre de Dios ... que se lleven de este lugar la sección del Regimiento de Lord Landaff o si no el Asesinato será forzosamente la consecuencia, pues un grupo de Villanos como este no ha entrado nunca en este pueblo.

Un magistrado local, que apoyaba esta petición, añadía que el «salvaje comportamiento de los soldados ... exaspera a la población hasta lo indecible. El trato normal de los campesinos en ferias y mercados se ha deteriorado mucho».<sup>130</sup>

El motín era una calamidad. El «orden» que podía seguir tras el motín, podía ser una calamidad aún mayor. De aquí la ansiedad de las autoridades por anticiparse al suceso o abortarlo con rapidez en sus primeras fases, por medio de su presencia personal, por exhortaciones y concesiones. En una carta de 1763 el alcalde de Penryn, sitiado por iracundos mineros del estaño, escribe que el pueblo fue visitado por trescientos «de aquellos bandidos, con los cuales nos vimos forzados a parlamentar y llegar a un acuerdo por el cual les permitimos que obtuvieran el grano a un tercio menos de lo que había costado a los propietarios». Tales acuerdos, más o menos forzados, eran corrientes. Un experimentado magistrado de Warwickshire, sir Richard Newdigate, anotó en su diario del 27 de septiembre de 1766:

A las once cabalgué a Nuneaton ... y con las personas principales del pueblo me entrevisté con los mineros y el populacho de Bedworth que vinieron vociferando y armados con palos, pidieron lo que querían, prometí satisfacer todas sus peticiones razonables si se apaciguaban y tiraban sus palos lo cual hicieron todos en el prado; después fui con ellos a todas las casas en que creían se había acaparado y permití a 5 o 6 entrar para registrar y persuadir a los dueños de vender el queso que se encontrase ...

130. Sunderland: petición en PRO, WO 40/17; Wantage y Abingdon: petición a sir G. Young y C. Dundas, 6 de abril de 1795, *ibid.*

Entonces los mineros abandonaron en orden el pueblo, después de que sir Richard Newdigate y otros dos les hubieran dado cada uno media guinea. Habían actuado, en efecto, de acuerdo con el *Book of Orders*.<sup>131</sup>

Este tipo de negociación, en los comienzos del motín, solía garantizar concesiones a la multitud. Pero debemos también observar los esfuerzos de los magistrados y terratenientes para prevenir el motín. Así, un magistrado de Shropshire en 1756 describe cómo los mineros «dicen que si los agricultores no traen su grano a los mercados, irán ellos a sus casas para trillarlos ellos mismos»:

Yo he enviado orden a mis arrendatarios para que cada uno lleve cierta cantidad de grano al mercado los Sábados como único medio de prevenir mayores daños.

En el mismo año se puede ver a los magistrados de Devon realizando esfuerzos similares. Se habían producido motines en Ottery, el grano de los agricultores había sido arrebatado y vendido a 5 chelines un *bushel* y varios molinos habían sido atacados. Sir George Yonge envió a su criado a fijar un pasquín admonitorio y conciliador en el mercado:

El populacho se congregó, insultó a mi Criado e intimidó al Pregonero ... al leer el pasquín declararon que no servía, no necesitaban molestar a los Caballeros porque Ellos fijarían el precio a 4 chelines 9 peniques en el próximo Día de Mercado: en vista de esto fui ayer al Pueblo y dije tanto a la Gente Común como a los de mejor clase, que si la situación no permanecía tranquila habría de llamar al ejército ...

Él y dos miembros de la *gentry* de la vecindad enviaron su propio grano a los mercados locales:

He ordenado que el mío se venda a 5 chelines 3 peniques y 5 chelines 6 peniques por *bushel* a la gente más pobre, puesto que hemos decidido mantenerlo algo por encima del precio dictado por el populacho. Consultar con los molineros para saber si pueden darnos algo de Harina ...

131. Penryn: PRO, WO 40/17; Warwickshire: H. C. Wood, «The diaries of sir Roger Newdigate, 1751-1806», *Trans. Birmingham Archaeological Soc.*, LXXVIII (1962), p. 43.

El alcalde de Exeter contestó a Yonge que las autoridades de la ciudad habían ordenado que se vendiera el grano a 5 chelines 6 peniques: «Todo quedó tranquilo en cuanto los agricultores bajaron el precio ...». Medidas similares se tomaban todavía en Devon en 1801, «ciertos caballeros entre los más respetables de la vecindad de Exeter ... ordenaron ... a sus Arrendatarios llevar el Grano al Mercado bajo pena de no renovarles los arrendamientos». En 1795 y 1800-1801, órdenes como estas de los terratenientes tradicionalistas a sus arrendatarios eran frecuentes en otros condados. El conde de Warwick (un archipaternalista y un defensor de la legislación contra los acaparadores con el máximo rigor) recorrió en persona sus propiedades dando órdenes como estas a sus arrendatarios.<sup>132</sup>

Presiones tales, en prevención de un motín, pueden haber sido más eficaces de lo que se ha supuesto en cuanto a llevar grano al mercado, frenar la subida de precios e impedir cierto tipo de lucro. Más aún, una predisposición al motín era ciertamente efectiva como advertencia a los ricos de que debían poner la organización de la beneficencia parroquial y de la caridad —grano y pan subvencionado para los pobres— en buenas condiciones. En enero de 1757, la corporación de Reading acordó:

que se organizara una suscripción para reunir dinero para comprar Pan que será distribuido entre los Pobres ... a un precio que se fijará muy por debajo del precio actual del Pan ...

La corporación misma donó 21 libras.<sup>133</sup> Tales medidas se adoptaban con mucha frecuencia, por iniciativa unas veces de una corporación, otras de un individuo de la *gentry*, algunas de las *Quarter Sessions*, otras de las autoridades parroquiales, o de los patronos, especialmente de aquellos que empleaban un número considerable de trabajadores (como los mineros del plomo) en distritos aislados.

132. Shropshire: T. Whitmore, 11 de noviembre de 1756, PRO, SP 36/136; Devon: HMC, *City of Exeter*, serie LXXIII (1916), pp. 255-257; Devon, 1801: teniente general J. G. Simcoe, 27 de marzo de 1801, PRO, HO 42/61; Warwick: T. W. Whitley, *The parliamentary representation of the city of Coventry* (Coventry, 1894), p. 214.

133. Diario manuscrito del ayuntamiento de Reading, Central Public Library, Reading: anotación del 24 de enero de 1757. Se desembolsaron 30 libras «para el actual precio elevado del Pan» el 12 de julio de 1795.

Las medidas tomadas en 1795 fueron especialmente amplias, variadas y bien documentadas. Iban desde suscripciones directas para reducir el precio del pan (las parroquias enviaban a veces sus propios agentes directamente a los puertos a comprar grano importado), pasando por precios subvencionados para los pobres, hasta el sistema Speenhamland.\* El examen de dichas medidas nos adentraría más profundamente en la historia de las leyes de pobres de lo que es nuestra intención,<sup>134</sup> pero los efectos eran en ocasiones curiosos. Las suscripciones, aunque tranquilizaban una zona, podían provocar un motín en otra adyacente al despertar un agudo sentimiento de desigualdad. En 1740, un acuerdo concertado en Newcastle para reducir los precios entre los comerciantes y una delegación de una manifestación de mineros (actuando concejales como mediadores), tuvo como consecuencia que la ciudad se viera inundada por «gente del campo» de las aldeas de los alrededores; se intentó sin éxito limitar la venta a personas con un certificado escrito de un «Ajustador, un Encargado del Depósito del Carbón, un Medidor o un Capillero». La participación de soldados en motines encaminados a fijar el precio fue explicada por el duque de Richmond como producto de una desigualdad similar: alegaban los soldados que «mientras la Gente del Campo es socorrida por sus Parroquias y Subscripciones, los Soldados no reciben ningún Beneficio similar». Además, tales suscripciones, aunque su intención era «sobornar» al motín (real o potencial), podían a menudo producir el efecto de *eleva*r el precio del pan para los que no participaban del beneficio de la suscripción.<sup>135</sup> Este proceso puede observarse en Devon del sur, donde las autoridades actuaban todavía en 1801 dentro de la tradición de 1757. Una multitud se manifestó en Exeter, en el mercado, pidiendo trigo a 10 chelines el *bushel*:

\* Sistema de ayuda a los pobres adoptado en 1795 por los magistrados del Berkshire y que se mantuvo en gran parte de Inglaterra incluso hasta principios del siglo XIX. (N. del t.)

134. Especialmente útiles son las respuestas de los corresponsales en *Annals of Agriculture*, XXIV y XXV (1795). Véase también S. y B. Webb, «The Assize of Bread», *op. cit.*, pp. 208-209; J. L. y B. Hammond, *op. cit.*, cap. VI; W. M. Stern, *op. cit.*, pp. 181-186.

135. Un punto que debe ser considerado en todo análisis cuantificado: el precio que quedaba en el mercado después de un motín podía *subir*, aunque, a consecuencia del motín o de la amenaza de motín, el pobre pudiese recibir grano a precios subvencionados.

Los Caballeros y los Agricultores se reunieron y el Pueblo esperó su decisión ... fueron informados de que no se aceptaría ningún Precio que ellos propusieran o fijaran, y principalmente porque el principio de Fijar un Precio encontraría su oposición. Los Agricultores después acordaron el de 12 chelines y que cada Habitante lo obtuviera en proporción a su Familia ...

Los Argumentos de los descontentos en Exmouth son muy contundentes. «Dadnos cualquier *cantidad* que permitan las Existencias Disponibles, y a un precio por el cual podamos obtenerla, y estaremos satisfechos; no aceptaremos ninguna Suscripción de la *Gentry* porque aumenta el precio, y supone una privación para ellos.»<sup>136</sup>

Lo que importa aquí no es solamente que los precios, en momentos de escasez, estuvieran determinados por muchos otros factores además de las simples fuerzas del mercado: cualquiera con un conocimiento, incluso pequeño, de las muy difamadas fuentes «literarias» tiene que ser consciente de ello. Es más importante observar todo el contexto socioeconómico dentro del cual operaba el mercado, y la lógica de la presión popular. Otro ejemplo, esta vez de un mercado libre de motines hasta el momento, puede demostrarnos esta lógica en acción. El relato proviene de un agricultor acomodado, John Toogood en Sherborne (Dorset). El año 1757 comenzó con una «queja general» contra los precios altos, y frecuentes informes de motines en otros lugares:

El 30 de abril, siendo Día de Mercado, muchos de nuestros ociosos e insolentes Hombres y Mujeres Pobres se reunieron y empezaron un Motín en la Plaza del Mercado, fueron al Molino de Oborn y trajeron muchos Sacos de Harina y dividieron el Botín aquí en Triunfo.

El lunes siguiente se encontró en la abadía una carta anónima, dirigida al hermano de Toogood (que acababa de vender 10 *bushels* de trigo a 14 chelines 10 peniques —«verdaderamente un precio alto»— a un molinero): «Señor, si no traéis vuestro Trigo al Mercado, y lo vendéis a un precio razonable, serán destruidos vuestros graneros ...».

136. Newcastle: anuncio del 24 de junio de 1740 en City Archives Office; duque de Richmond, 13 de abril de 1795, PRO, WO 1/1092; Devon: James Coleridge, 29 de marzo de 1801, HO 42/61.

Puesto que los motines son una Cosa muy nueva en Sherborne ... y puesto que las Parroquias vecinas parecían estar a punto de participar en este Deporte pensé que no había Tiempo que perder, y que era conveniente aplastar este Mal de Raíz, para lo cual tomamos las siguientes Medidas.

Habiendo convocado una Reunión en el Hospicio, se acordó que el señor Jeffrey y yo hiciéramos un Informe de todas las Familias del Pueblo más necesitadas, hecho esto, reunimos alrededor de 100 libras por Suscripciones y, antes del Siguiete Día de Mercado, nuestro Juez de Paz y otros habitantes principales hicieron una Procesión a través de todo el Pueblo y publicaron por medio del Pregonero del Pueblo el siguiente Aviso:

«Que se entregará a las Familias Pobres de este Pueblo una Cantidad de Trigo suficiente para su Mantenimiento todas las Semanas hasta la Cosecha al Precio de 8 chelines por *bushel* y que si cualquier persona después de este aviso público utiliza cualquier expresión amenazadora o cometiera cualquier motín o Desorden en este Pueblo, será el culpable condenado a Prisión en el acto».

Después contrataron la compra de trigo a 10 chelines y 12 peniques el *bushel*, suministrándolo a la «Lista de Pobres» a 8 chelines hasta la cosecha. (60 *bushels* a la semana en este periodo supondrían un subsidio de entre 100 y 200 libras.) «Por estos medios restauramos la Paz, y desilusionamos a muchos Sujetos vagos y desordenados de las Parroquias Vecinas, que aparecieron en el Mercado con los Sacos vacíos, esperando haber obtenido Grano sin Dinero.» John Toogood, escribiendo este relato para guía de sus hijos, concluía con el consejo:

Si circunstancias como estas concurren en el futuro en vuestra Vida y alguno se dedica a los Negocios de la Agricultura, no dejéis que os tiente un ojo Codicioso a ser los primeros en aumentar el Precio del Grano, sino dejad mejor que vuestra Conducta muestre alguna Compasión y Caridad hacia la Condición del Pobre ...<sup>137</sup>

Es dentro de un contexto como este donde se puede descubrir la función del motín. Éste pudo ser contraproducente a corto plazo, aunque no se haya demostrado todavía. Pero, repetimos, el motín era una calamidad social, que debía evitarse a cualquier coste. Po-

137. Diario manuscrito de John Toogood, Dorset CRO, D 170/1.

día consistir éste en lograr un término medio entre un precio «económico» muy alto en el mercado y un precio «moral» tradicional determinado por la multitud. Este término se podía alcanzar por medio de la intervención de los paternalistas, por la automoderación de agricultores y comerciantes, o conquistando una parte de la multitud por medio de la caridad y los subsidios. Como cantaba alegremente Hannah More, en el personaje del sentencioso Jack Anvil al intentar disuadir éste a Tom Hood de unirse al motín:

Así, trabajaré todo el día, y el Domingo buscaré  
en la Iglesia cómo soportar todas las necesidades de la semana.  
Las gentes de bien, también, nos proporcionarán provisiones,  
Harán suscripciones ...y renunciarán a sus bizcochos y pasteles.

*Derry down* <sup>138</sup>

Sí, *Derry down* y ¡tra-lará-lará! Sin embargo, siendo como era el carácter de las gentes de bien, era más probable que un motín ruidoso en la parroquia vecina engrasara las ruedas de la caridad que la imagen de Jack Anvil arrodillado en la iglesia. Como lo expresaron sucintamente las coplas colocadas *fuera* de las puertas de la iglesia en Kent en 1630:

Cuanto antes nos levantemos  
menos sufriremos.\*

## VIII

Hemos estado examinando un modelo de protesta social que se deriva de un consenso con respecto a la economía moral del bienestar público en tiempos de escasez. Normalmente no es útil examinarlo con relación a intenciones políticas claras y articuladas, a pesar de que éstas surgieran a veces por coincidencia casual. Pueden encontrarse a menudo frases de rebelión, normalmente destinadas

138. «The Riot: or, half a loaf is better than no bread, &c», 1795, en Hannah More, *Works* (1830), II, pp. 86-88. [So I'll work the whole day, and on Sundays I'll seek / At Church how to bear all the wants of the week. / The gentlefolks, too, will afford us supplies, / They'll subscribe — and they'll give up their puddings and pies. / *Derry down.*]

\* [Before we arise / Less will safise.]

(sospecho) a helar la sangre de los ricos con su efecto teatral. Se decía que los mineros de Newcastle, animados por el éxito de la toma del ayuntamiento, «eran partidarios de poner en práctica los antiguos principios niveladores»; al menos desgarraron los retratos de Carlos II y Jacobo II e hicieron pedazos sus marcos. En contraste, los barqueros de Henley (Oxfordshire) gritaron «Viva el Pretendiente», en 1743, y alguien en Woodbridge (Suffolk) clavó un aviso en el mercado, en 1766, que el magistrado local consideró «particularmente descarado y sedicioso y de alta y delicada significación»: «Deseamos —decía— que nuestro exiliado Rey pueda venir o enviar algunos funcionarios». Es posible que esa misma intención amenazante tuvieran en el Suroeste, en 1753, las amenazas de que «los Franceses estarán aquí pronto».<sup>139</sup>

Más habituales son las amenazas generales de «nivelación», e imprecaciones contra los ricos. En Witney (1767) una carta aseguraba a los alguaciles de la ciudad que la gente no permitiría a «estos malditos pillos resollantes y cebados que Maten de Hambre a los Pobres de Manera tan Endemoniada para que ellos puedan dedicarse a la caza, las carreras de caballos, etc., y para mantener a sus familias en el Orgullo y la extravagancia». Una carta dirigida al Gold Cross de Snow Hill en Birmingham (1766), firmada por «Kidderminster y Stourbridge», se acerca más al tipo de la copla

... tenemos un Ejército de más de tres mil todos dispuestos a luchar  
y maldito sea si no hacemos polvo el ejército del Rey  
si resulta que el Rey y el Parlamento no lo remedian  
convertiremos Inglaterra en Basura  
y si incluso así no abaratan las cosas  
maldito sea si no quemamos el Parlamento y lo arreglamos todo ...\*

139. Newcastle: crónica manuscrita de los motines en City Archives; Henley: Isaac, *op. cit.*, p. 186; Woodbridge: PRO, WO 1/873: 1753; manuscrito de Newcastle, Brit. Lib. Add MS 32732, fol. 343. El conde de Poulet, gobernador de Somerset, informó en otra carta al duque de Newcastle de que algunos miembros de la chusma «vinieron a hablar un lenguaje *leveller*, es decir, no comprendían por qué algunos eran ricos y otros, pobres»: *ibid.*, fols. 214-215.

\* [... there is a small Army of us upwards of three thousand all ready to fight / & I'll be dam'd if we don't make the King's Army to shite / If so be the King & Parliament don't order better / we will turn England into a Litter / & if so be as things don't get cheaper / I'll be dam'd if we don't burn down the Parliament House & make all better ...]

En 1772, una carta de Colchester, dirigida a todos los agricultores, molineros, carniceros, tenderos y comerciantes de granos, advertía a todos los «Malditos Pillos» que tuvieran cuidado,

porque estamos en noviembre y tenemos unas doscientas o trescientas bombas listas para los Molineros y para todos, y no habrá ni rey ni parlamento sólo una maraña de pólvora por toda la nación.

En 1766, se advirtió a los *gentleman* de Fareham (Hampshire) que se prepararan «para una guerra del Populacho o Civil» que «arrancaría a Jorge de su trono y derrumbaría las casas de los pillos y destruiría los sitiales de los Legisladores». «Es mejor Soportar un Yugo Extranjero que ser maltratados de esta forma», escribía un aldeano de cerca de Hereford al año siguiente. Y casos similares se encuentran en casi todos los lugares de Inglaterra. Es, principalmente, retórica, aunque una retórica que deshace la retórica de los historiadores respecto a la deferencia y solidaridad social en la Inglaterra de Jorge III.<sup>140</sup>

Únicamente en 1795 y 1800-1801, cuando es frecuente encontrar un matiz jacobino en estas cartas y volantes, tenemos la impresión de que existe una corriente subterránea de motivaciones políticas articuladas. Un tajante ejemplo de ellas es cierta copla dirigida a «los que hacen los caldos y los Amasadores» que alarmó a un magistrado de Maldon (Essex):

Queréis que se alimenten los pobres de bazofia y granos  
y bajo la guillotina queríamos ver vuestras cabezas  
porque creo que es una vergüenza atender a los pobres así,  
y creo que algunas de vuestras cabezas serán un buen espectáculo.\*

Cientos y cientos de cartas como estas circularon en estos años. De Uley (Gloucestershire), «no el Rey sino una Constitución abajo abajo oh caed altos gorros y orgullosos sombreros por siempre

140. Witney: *London Gazette*, noviembre de 1767, n.º 10.779; Birmingham: PRO, WO 1/873; Colchester: *London Gazette*, noviembre de 1772, n.º 11.304; Fareham: *ibid.*, enero de 1767, n.º 10.690; Hereford: *ibid.*, abril de 1767, n.º 10.717.

\* [On Swill & Grains you wish the poor to be fed / And underneath the Guillotine we could wish to see your heads / For I think it is a great shame to serve the poor so — / And I think a few of your heads will make a pretty show.]

abajo abajo ...». En Lewes (Sussex), después de haber sido ejecutados varios hombres de la milicia por su participación en la fijación de precios, fue colocado un cartel: «¡A las armas, soldados!»

levantaos y vengad vuestra causa  
contra esos malditos bestias, Pitt y Jorge,  
porque ya que no pueden mandaros a Francia  
a ser asesinados como Cerdos, o atravesados por una Lanza,  
sois requeridos urgentemente para que volváis rápidamente  
y os maten como Cuervos, o colgados por turno ...\*

En Ramsbury (Wiltshire), en 1800, se fijó un cartel en un árbol:

Terminad con vuestro Lujurioso Gobierno tanto espiritual como temporal o os Moriréis de Hambre. Os han quitado el pan, Queso, Carne, etc., etc., etc., y hasta vuestras vidas os han quitado a miles en sus Expediciones que la Familia Borbónica defiende su propia causa y volvamos nuestra vista, los verdaderos ingleses, hacia nosotros devolvamos a algunos a Hanover de donde salieron. Abajo con vuestra Constitución. Erigid una república o vosotros y vuestros hijos pasaréis hambre el Resto de vuestros días. Queridos Hermanos, reclinad vuestras cabezas y moriréis bajo estos Devoradores de Hombres y dejaréis a vuestros hijos bajo el peso del Gobierno de Pílosos que os está devorando.

Dios Salve a los Pobres y abajo Jorge III.<sup>141</sup>

Pero estos años de crisis bélicas (1800-1801) necesitarían un estudio aparte. Estamos llegando al fin de una tradición, y la nueva apenas ha surgido. En estos años, la forma alternativa de presión económica —presión sobre los salarios— se hace más vigorosa; hay también algo más que retórica bajo el lenguaje sedicioso: organización obrera clandestina, juramentos, los sombríos «Ingleses unidos». En 1812 los motines tradicionales de subsistencias coinciden con el ludismo. En 1816, los trabajadores de East Anglia no solamente

\* [Arise and revenge your cause / On those bloody numskulls, Pitt and George, / For since they no longer can send you to France / To be murdered like Swine, or pierc'd by the Lance, / You are sent for by Express to make a speedy Return / To be shot like a Crow, or hang'd in your Turn ...]

141. Maldon: PRO, WO 40/17; Uley: W. G. Baker, octubre de 1795, HO 42/36; Lewes: HO 42/35; Ramsbury: adjunto en rev. E. Meyrick, 12 de junio de 1800, HO 42/50.

fijan los precios, sino que también exigen un salario mínimo y el fin del socorro Speenhamland. Estos motines se acercan a la revuelta de los jornaleros, muy diferente, de 1830. La antigua forma de acción subsiste en los años 1840 e incluso más tarde, con raíces especialmente profundas en el suroeste.<sup>142</sup> Pero en las nuevas zonas de la Revolución industrial evoluciona gradualmente hacia otras formas de acción. La ruptura en los precios del trigo después de las guerras facilitó la transición. En las ciudades del Norte, la lucha contra los agiotistas de grano dio paso a la lucha contra las leyes de cereales.

Hay otra razón por la cual los años 1795 y 1800-1801 nos sitúan en un terreno histórico distinto. Las formas de acción que hemos examinado dependen de un conjunto particular de relaciones sociales, un equilibrio especial entre la autoridad paternalista y la muchedumbre. Este equilibrio se dislocó con las guerras, por dos motivos. En primer lugar, el antijacobinismo de la *gentry* produjo un nuevo temor hacia cualquier forma de actividad popular; los magistrados estaban dispuestos a ver señales de sedición en las acciones encaminadas a la fijación de precios, incluso cuando no existía tal sedición; el temor a la invasión levantó a los Voluntarios, dando de esta forma a los poderes civiles medios mucho más inmediatos para enfrentarse a la muchedumbre, no parlamentando y con concesiones, sino con la represión.<sup>143</sup> En segundo lugar, esta represión resultaba legítima, en opinión de las autoridades centrales y de muchas locales, por el triunfo de una nueva ideología de economía política.

El secretario del Interior, duque de Portland, sirvió como diputado temporal de este triunfo celestial. Hizo gala, en 1800-1801, de una firmeza completamente nueva, no solamente en su manera de tratar los desórdenes, sino en anular y reconvenir a las autoridades locales que todavía apoyaban el viejo paternalismo. En septiembre de 1800 tuvo lugar en Oxford un episodio significativo. Por un cierto asunto relacionado con la determinación del precio de la manteca en el mercado, la caballería hizo su aparición en la ciudad (a petición —se descubrió— del subsecretario). El secretario del Ayun-

142. Véase A. Rowe, «The food riots of the forties in Cornwall», *Report of Royal Cornwall Polytechnic Society* (1942), pp. 51-67. Hubo motines de subsistencias en las Tierras Altas de Escocia en 1847; en Teignmouth y Exeter en noviembre de 1867; y en Norwich un episodio curioso (la «Batalla de Ham Run») todavía en 1886.

143. J. R. Western, «The Volunteer movement as an anti-revolutionary force, 1793-1801», *Eng. Hist. Rev.*, LXXI (1956).

tamiento, por indicación del alcalde y los magistrados, escribió al secretario de la Guerra, expresando su «sorpresa porque un cuerpo del ejército de soldados de caballería haya aparecido esta mañana temprano»:

Tengo el placer de informarle que la población de Oxford no ha mostrado hasta el momento ninguna disposición al motín, excepto que el haber traído al mercado algunas cestas de mantequilla, y haberlas vendido a un chelín la libra, y dado cuenta del dinero al propietario de la mantequilla, pueda responder a tal descripción ...

«No obstante la extrema tensión de los tiempos», las autoridades de la ciudad eran de «la decidida opinión» de que no había «lugar en esta ciudad para la presencia del Ejército regular», especialmente porque los magistrados estaban desplegando la mayor actividad para reprimir «lo que ellos creen que es una de las causas principales de la carestía, los delitos de acaparamiento, monopolio y reventa ...».

La carta del secretario del Ayuntamiento fue enviada al duque de Portland, de quien recibió una grave reprimenda:

Su Excelencia ... desea que informe al Alcalde y Magistrados, que, puesto que su situación oficial le permite apreciar de manera muy especial el alcance del daño público que se seguirá inevitablemente de la continuación de los sucesos tumultuosos que han tenido lugar en varias partes del Reino como consecuencia de la actual escasez de provisiones, se considera más inmediatamente obligado a ejercer su propio juicio y discreción en ordenar que se tomen las medidas adecuadas para la eliminación inmediata y efectiva de tan peligrosas acciones. Porque lamentando mucho Su Excelencia la causa de estos Motines, nada es más cierto que estos no pueden producir otro efecto que el de aumentar el mal más allá de todo posible cálculo. Su Excelencia, por tanto, no puede permitirse pasar en silencio la parte de su carta que afirma «que la población de Oxford no ha mostrado hasta el momento ninguna disposición al motín, excepto que el haber traído al mercado algunas cestas de mantequilla, y haberlas vendido a un chelín la libra, y dado cuenta del dinero al propietario de la mantequilla, pueda responder a tal descripción».

Lejos de considerar esta circunstancia desde el punto de vista trivial en que aparece en su carta (incluso suponiendo que no esté conectada con otras de naturaleza similar y aún más peligrosas, que esperamos no sea el caso), Su Excelencia lo ve desde el punto de

vista de un ataque violento e injustificado a la propiedad, preñado de las más fatales consecuencias para la Ciudad de Oxford y sus habitantes de cualquier clase; lo cual, Su Excelencia da por supuesto que el Alcalde y Magistrados debían haber pensado que era su obligación deber suprimir y castigar mediante el inmediato apresamiento y condena de los transgresores.<sup>144</sup>

A lo largo de 1800 y 1801, el duque de Portland se ocupó de imponer las mismas doctrinas. El remedio contra los desórdenes era el ejército o los voluntarios; incluso las generosas suscripciones para conseguir grano barato debían ser desaconsejadas, porque agotaban las existencias; la persuasión ejercida sobre agricultores o comerciantes para reducir los precios era delito contra la economía política. En abril de 1801 escribía al conde Mount Edgcombe,

Su Señoría debe excusar la libertad que me tomo de no dejar pasar desapercibido el acuerdo al cual, según menciona, han llegado voluntariamente los Agricultores de Cornualles para proveer a los Mercados de Grano y otros Artículos de Provisión a Precios reducidos ...

El duque había recibido información de que los agricultores habían sido objeto de presiones por parte de las autoridades del condado:

... mi experiencia ... me obliga a decir que toda empresa de este tipo no se puede justificar por la naturaleza de las cosas y tiene inevitablemente, y pronto, que aumentar y agravar la desgracia que pretende aliviar, y me atreveré incluso a afirmar que cuanto más general se haga más perjudiciales serán las consecuencias que a la fuerza la acompañarán, porque necesariamente impide el Empleo de Capital en la Agricultura ...<sup>145</sup>

144. W. Taunton, 6 de septiembre de 1800; I. King a Taunton, 7 de septiembre de 1800, PRO, WO 40/17 y HO 43/12. En sus cartas privadas, Portland se esforzó todavía más y escribió al doctor Hughes del Jesus College, Oxford (12 de septiembre) sobre el «injusto y poco juicioso proceder de nuestro necio ayuntamiento»: Universidad de Nottingham, Portland MSS, PwV III.

145. Portland, 25 de abril de 1801, PRO, HO 43/13, pp. 24-27. El 4 de octubre de 1800, Portland escribió al vicerrector de la Universidad de Oxford (el doctor Marlow) sobre los peligros de que el pueblo «se abandonara a la idea de que sus dificultades eran imputables a la avaricia y la rapacidad de aquellos que, en lugar de ser denominados acaparadores, son, hablando correctamente, los abastecedores y providentes Mayordomos del Público»: Universidad de Nottingham, Portland MSS, PwV III.

La «naturaleza de las cosas» que en otros momentos había hecho imperativa, en épocas de escasez por lo menos, una solidaridad simbólica entre las autoridades y los pobres, dictaba ahora la solidaridad entre las autoridades y «el Empleo de Capital». Es, quizás, adecuado que el ideólogo que sintetizó un antijacobinismo histérico con la nueva economía política fuese quien firmase la sentencia de muerte de aquel paternalismo que, en sus más sustanciosos pasajes de retórica, había celebrado. «El *Pobre Trabajador* —exclamó Burke—, dejemos que la compasión se muestre en la acción»,

pero que nadie se lamente por su condición. No es un alivio para sus míseras circunstancias; es sólo un insulto para su mísero entendimiento ... Paciencia, trabajo, sobriedad, frugalidad y religión le deben ser recomendados; todo lo demás es un *fraude* total.<sup>146</sup>

Contra un tono como este, el cartel de Ramsbury era la única respuesta posible.

## IX

Espero que de este relato haya surgido un cuadro algo diferente del acostumbrado. He intentado describir, no un espasmo involuntario, sino un modelo de comportamiento del cual no tendría por qué avergonzarse un isleño de Trobriand.

Es difícil reimaginar los supuestos morales de otra configuración social. No nos es fácil concebir que pudo haber una época, dentro de una comunidad menor y más integrada, en que parecía «antinatural» que un hombre se beneficiara de las necesidades de otro, y cuando se daba por supuesto que, en momentos de escasez, los precios de estas «necesidades» debían permanecer al nivel acostumbrado, incluso aunque pudiera haber menos.

«La economía del municipio medieval —escribió R. H. Tawney— era tal, que el consumo ostentaba, en cierta medida, la misma primacía en la mentalidad pública, como árbitro indiscutido del

146. E. Burke, *Thoughts and Details on Scarcity*, originally presented to the Rt. Hon. William Pitt in ... November, 1795, Londres, 1800, p. 4. Indudablemente, este panfleto tuvo influencia sobre Pitt y Portland, y puede haber contribuido a las más duras disposiciones de 1800.

esfuerzo económico, que el siglo XIX atribuía a los beneficios.»<sup>147</sup> Estos supuestos se encontraban, naturalmente, fuertemente amenazados mucho antes del siglo XVIII. Pero en nuestras historias se abrevian con demasiada frecuencia las grandes transiciones. Abandonamos el acaparamiento y la doctrina del precio justo en el siglo XVII y empezamos la historia de la economía de libre mercado en el siglo XIX. Pero la muerte de la antigua economía moral de abastecimiento tardó tanto en consumarse como la muerte de la intervención paternalista en la industria y el comercio. El consumidor defendió sus viejas nociones de derecho con la misma tenacidad que (quizás el mismo hombre en otro papel) defendió su situación profesional como artesano.

Estas nociones de derecho estaban claramente articuladas y llevaron durante mucho tiempo el *imprimatur* de la Iglesia. El *Book of Orders* de 1630 consideraba el precepto moral y el ejemplo como una parte integral de las medidas de emergencia:

Que todas las buenas Medidas y Persuaciones sean utilizadas por los Justicias en sus distintas Divisiones, y por Admoniciones y Exhortaciones en Sermones en las Iglesias ... que los Pobres sean provistos de Grano a Precios convenientes y caritativos. Y además de esto, que las clases más ricas sean seriamente movidas por la caridad cristiana, a hacer que su grano se venda al Precio común del Mercado a las clases más pobres: Una acción piadosa, que será sin duda recompensada por Dios Todopoderoso.

Por lo menos uno de estos sermones, predicado en Bodmin y Fowey (Cornualles) (antes de reunirse la *Quarter Session*), en 1630, por el reverendo Charles Fitz-Geffrey, era todavía conocido por los lectores del siglo XVIII. Los acaparadores de trigo eran denunciados como

esos que odian al Hombre, contrarios al bien Común, como si el mundo se hubiera hecho sólo para ellos, que se apropiarían de la tierra, y de sus frutos, exclusivamente para ellos ... como las Codornices engordan con Cicuta, que es un veneno para otras criaturas, así ellos se alimentan de la escasez ...

Son «enemigos de Dios y del Hombre, opuestos tanto a la Gracia como a la Naturaleza». Por lo que respecta al comerciante, que

147. R. H. Tawney, *Religion and the rise of capitalism*, Londres, 1926, p. 33.

exporta grano en momentos de escasez, «el sabor del lucro le es dulce, a pesar de haberlo sacado hurgando en el charco de la más sucia profesión de Europa ...».<sup>148</sup>

Al avanzar el siglo XVII enmudeció este tipo de exhortación, especialmente entre los puritanos. En Baxter, una parte del precepto moral se diluye en una parte de casuística y otra de prudencia comercial: «debe ejercerse la caridad así como la justicia», si bien los productos podían ser retenidos en espera de la subida de precios, esto no debía hacerse «en perjuicio de la nación, como si ... el retenerlos fuera la causa de la escasez».<sup>149</sup> Las antiguas enseñanzas morales se dividieron, progresivamente, entre la *gentry* paternalista por un lado, y la plebe rebelde por otro. Hay un epitafio en la iglesia de Stoneleigh (Warwickshire) dedicado a Humphrey How, portero de lady Leigh, que murió en 1688:

Aquí Yace un Fiel Amigo del Pobre  
que repartió Abundantes Limosnas de la Despensa de su señor  
no Lloréis Pobre gente aunque haya Muerto Vuestro Servidor  
el Señor en persona Os Dará Pan a Diario  
si el Mercado Sube no Protestéis Amargamente Contra Sus Precios  
el Precio es Siempre el Mismo a las Puertas de Stone Leigh.<sup>150</sup>

Los antiguos preceptos resonaron a todo lo largo del siglo XVIII y ocasionalmente podían todavía oírse desde el púlpito:

La Exacción de cualquier tipo es vil; pero en lo que se refiere al grano es del tipo más vil. Recae con más peso sobre los Pobres, es robarles por que lo son ... es asesinar abiertamente a aquellos que se encuentran medio muertos y saquear el Barco naufragado... estos son los Asesinos acusados por el Hijo de Sirach, cuando dijo: *El Pan del Pobre es su vida: aquel que se lo robare es por ello un Hombre Sanguinario* ... Con justicia se puede llamar a tales opresores

148. C. Fitz-Geffrey, *God's Blessing upon the Providers of Corne: and God's Curse upon the Hoarders*, Londres, 1631; repr. 1648, pp. 7, 8, 13.

149. Tawney, *op. cit.*, p. 222. Véase también C. Hill, *Society and puritanism in pre-revolutionary England*, Londres, 1964, esp. pp. 277-278.

150. Debo esta información al profesor David Montgomery. [Here Lyes a Faithful Friend unto the Poore / Who dealt Large Almes out of his Lord<sup>ps</sup> Store / Weepe Not Poore People Tho' Y<sup>e</sup> Servat's Dead / The Lord himselfe Will Give You Dayly Breade / If Markets Rise Raile Not Against Their Rates / The Price is Stil the Same at Stone Leigh Gates.]

«*Hombres Sanguinarios*»; y con seguridad que de la Sangre de aquellos que mueren por su culpa se les tomará cuenta.<sup>151</sup>

Se encontraban con más frecuencia en folletos o periódicos:

Mantener alto el Precio del Sostén mismo de la vida en una Venta tan extravagante, que el Pobre ... no puede comprarlo es la mayor iniquidad de que cualquier hombre puede ser culpable; no es menos que el Asesinato, no, el más Cruel Asesinato.<sup>152</sup>

A veces en hojas sueltas impresas y baladas:

idos ahora hombres ricos de corazón duro,  
llorad y gritad en vuestra desgracia,  
vuestro oro corrupto se levantará contra vosotros,  
y será Testigo contra vuestras almas ...<sup>153</sup>

y frecuentemente en cartas anónimas. «No hagáis del dinero vuestro dios», se advertía a los *gentlemen* de Newbury en 1772:

sino pensad en los pobres, vosotros grandes hombres pensáis ir al cielo o al infierno, pensad en el sermón que se predicó el 15 de marzo porque malditos seamos si no os obligamos pensáis matar de hambre a los pobres vosotros malditos hijos de puta ...<sup>154</sup>

«¡Mujer Avariciosa!», decían los mineros del estaño dirigiéndose a una acaparadora de trigo de Cornualles, en 1795: «Estamos ... decididos a reunirnos y marchar inmediatamente hasta llegar a tu Ídolo o tu Dios o tu Moisés [?], a quien consideras como tal y destruirlo y lo mismo tu Casa ...».<sup>155</sup>

151. Anónimo [«A clergyman in the country»], *Artificial dearth: or, the iniquity and danger of withholding corn* (1756), pp. 20-21.

152. Carta al *Sherborne Mercury*, 5 de septiembre de 1757.

153. «A serious call to the Gentlemen Farmers, on the present exorbitant Prices of Provisions», hoja suelta, sin fecha, en la colección Seligman (Hojas sueltas, Precios), Universidad de Columbia. [Go now you hard-hearted rich men, / In your miseries, weep and howl, / Your canker'd gold will rise against you, / And Witness be against your souls ...]

154. *London Gazette*, marzo de 1772, n.º 11.233.

155. Carta de «Captins Audacious, Fortitude, Presumption and dread not», fechada el 28 de diciembre de 1795, «Polgooth and other mines», y dirigida a Mrs. Herring, *ibid.*, 1796, p. 45.

Hoy no damos importancia a los mecanismos extorsionadores de una economía de mercado no regulado porque a la mayoría de nosotros nos causan sólo inconvenientes y perjuicios de poca monta. En el siglo XVIII no era este el caso. Las escaseces eran verdaderas escaseces. Los precios altos significaban vientres hinchados y niños enfermos cuyo alimento consistía en un pan basto hecho con harina rancia. No se ha publicado todavía ningún testimonio que muestre algo parecido a la clásica *crise des subsistances* francesa en la Inglaterra del siglo XVIII: <sup>156</sup> es verdad que la mortalidad de 1795 no se aproximó a la de Francia en el mismo año, pero hubo lo que la clase acomodada describió como una desgracia «verdaderamente penosa»; la subida de precios, escribió uno, «les ha despojado de las Ropas que cubrían sus hombros, les ha arrancado los zapatos y las medias de los pies, y arrebatado la comida de la boca». <sup>157</sup> El levantamiento de los mineros del estaño en Cornualles fue precedido de escenas angustiosas: los hombres se desmayaban en el trabajo y tenían que ser llevados a sus casas por sus compañeros, que no estaban en mucho mejor estado. La escasez fue acompañada por una epidemia de «Fiebre Amarilla», muy probablemente la ictericia que acompaña a la inanición. <sup>158</sup> En un año como este, el «buhonero» de Wordsworth deambulaba entre las cabañas y vio

Las desgracias de aquella estación; muchos ricos  
se hundían como en un sueño entre los pobres,  
y muchos pobres dejaron de vivir,  
y sus lugares no les reconocieron ... <sup>159</sup>

Ahora bien, si el mercado era el punto en el que los trabajadores sentían con mayor frecuencia que estaban expuestos a la explotación, era también el lugar —especialmente en distritos rurales o

156. Esto no equivale a argüir que tales datos no vayan a obtenerse pronto en relación con las crisis demográficas locales o regionales.

157. *Annals of Agriculture*, XXIV (1795), p. 159 (datos procedentes de Dunmow, Essex).

158. Carta de 24 de junio de 1795 en PRO, PC 1/27/A.54; varias cartas, esp. 29 de marzo de 1795, HO 42/34.

159. W. Wordsworth, *Poetical works*, ed. de E. de Selincourt y Helen Darbishire (Oxford, 1959), V, p. 391. [The hardships of that season; many rich / Sank down as in a dream among the poor, / And of the poor did many cease to be, / And their place knew them not ...]

en distritos fabriles dispersos— donde podían llegar a organizarse con más facilidad. La comercialización (o la «compra») se hace progresivamente más impersonal en una sociedad industrial madura. En la Inglaterra o la Francia del siglo XVIII (en regiones del sur de Italia, o de Haití, o de la India rural, o del África de hoy) el mercado permaneció como nexo social tanto como económico. Era el lugar donde se llevaban a cabo cientos de transacciones sociales y personales, donde se comunicaban las noticias, circulaban el rumor y la murmuración y se discutía de política (cuando se hacía) en las posadas o bodegas que rodeaban la plaza del mercado. Era el lugar donde la gente, por razón de su número, sentía por un momento que era fuerte. <sup>160</sup>

Las confrontaciones en el mercado, en una sociedad «preindustrial», son, por supuesto, más universales que cualquier experiencia nacional, y los preceptos morales elementales del «precio razonable» son igualmente universales. Se puede sugerir, en verdad, la supervivencia en Inglaterra de una imaginería pagana que alcanza niveles más oscuros que el simbolismo cristiano. Pocos rituales folclóricos han sobrevivido con tanto vigor hasta fines del siglo XVIII como toda la parafernalia hogareña durante la cosecha, con sus encantos, sus cenas, sus ferias y festivales; incluso en áreas fabriles el año transcurría todavía al ritmo de las estaciones y no al de los bancos. La escasez representa siempre para tales comunidades un profundo impacto psíquico que, cuando va acompañado del conocimiento de injusticias, y la sospecha de que la escasez es manipulada, el choque se convierte en furia.

Impresiona, al abrirse el nuevo siglo, el creciente simbolismo de la sangre, y su asimilación a la demanda de pan. En Nottingham, en 1812, las mujeres marcharon con una hogaza colocada en lo alto de un palo, listada de rojo y atada con un crespón negro, representando el «hambre sangrienta, engalanada de arpillera». En Yeovil (Somerset), en 1816, apareció una carta anónima, «Sangre y Sangre y Sangre, tiene qué haber una Revolución General ...», firmada con un tosco corazón sangrante. En los motines de East Anglia, en el

160. Sidney Mintz, «Internal market systems as mechanisms of social articulation», *Intermediate societies, social mobility and communication*, American Ethnological Society, 1959, y del mismo autor «Peasant markets», *Scientific American*, CCIII (1960), pp. 112-122.

mismo año, frases como «Tomaremos sangre antes de cenar». En Plymouth, «una *Hogaza* que ha sido *bañada en sangre*, con un corazón a su lado, fue encontrada en las calles». En los grandes motines de Merthyr, de 1831, se sacrificó un ternero y una hogaza empapada en su sangre, clavada en el asta de una bandera, sirvió como emblema de la revuelta.<sup>161</sup>

Esta furia en relación con el grano es una culminación curiosa de la época de los adelantos agrícolas. En la década de 1790, la *gentry* misma estaba algo perpleja. Paralizados a veces por un exceso de alimentos nutritivos,<sup>162</sup> los magistrados, de vez en cuando, abandonaban su industriosa compilación de archivos para los discípulos de sir Lewis Namier, y miraban desde las alturas de sus parques a los campos de cereales donde sus labriegos pasaban hambre. (Más de un magistrado escribió al Home Office, en coyuntura tan crítica, describiendo las medidas que tomaría contra los amotinados si no estuviera confinado en su casa por la gota.) El condado no estará seguro durante la cosecha, escribió el señor lugarteniente de Cambridgeshire, «sin algunos soldados, pues había oído que el Pueblo tenía la intención de llevarse el trigo sin pedirlo cuando estuviera maduro». Consideraba esto como «verdaderamente un asunto muy serio» y «en este campo abierto, muy fácil de que se haga, por lo menos a hurtadillas».<sup>163</sup>

«No pondrás freno al buey que trilla el grano.» El avance de la nueva economía política de libre mercado supuso también el desmoronamiento de la antigua economía moral de aprovisionamiento. Después de las guerras lo único que quedaba de ella era la caridad, y el *Speenhamland*. La economía «moral» de la multitud tardó más tiempo en morir: es recogida en los primeros molinos harineros coo-

perativos, por algunos de los socialistas seguidores de Owen, y subsistió durante años en algún fondo de las entrañas de la Sociedad Cooperativa Mayorista. Un síntoma de su final desaparición es que hayamos podido aceptar durante tanto tiempo un cuadro abreviado y «economicista» del motín de subsistencias, como respuesta directa, espasmódica e irracional al hambre; un cuadro que es en sí mismo un producto de la economía política que redujo las reciprocidades humanas al nexo salarial. Más generosa, pero también más autoritaria, fue la afirmación del *sheriff* de Gloucestershire en 1766. Las masas de aquel año, escribió, habían cometido muchos actos de violencia,

algunos de desenfreno y excesos; y en algunas ocasiones algunos actos de valor, prudencia, justicia y consecuencia con aquello que pretendían obtener.<sup>164</sup>

161. Nottingham: J. F. Sutton, *The date-book of Nottingham* (Nottingham, 1880), p. 286; Yeovil: PRO, HO 42/150; East Anglia: A. J. Peacock, *Bread or blood* (1965), *passim*; Merthyr: G. A. Williams, «The insurrection at Merthyr Tydfil in 1831», *Trans. Hon. Soc. of Cymmrodorion*, 2, (Session, 1965), pp. 227-228.

162. En 1795, cuando entregaba a los pobres pan negro subvencionado de su propia parroquia, el párroco Woodforde no dejó de cumplir con la obligación de su propia cena: 6 de marzo, «... para cenar Un Par de Pollos hervidos y Cabeza de Cerdo, muy buena sopa de Guisantes, un excelente filete de Vaca hervido, un prodigiosamente bueno, grande y muy gordo Pavo asado, Macarrones, Tarta de crema», etc.: James Woodforde, *Diary of a country parson*, ed. J. Beresford, World's Classics, Londres, 1963, pp. 483, 485.

163. Lord Hardwicke, 27 de julio de 1795, PRO, HO 42/35.

164. W. Dalloway, 20 de septiembre de 1766, PRO, PC 1/8/41.

- XIII. «El brindis de los agricultores» (Williams, marzo de 1801; M. D. George, *Catalogue*, VIII, 9717).
- XIV. Fisiognomía: el terrateniente y el agricultor (Woodward, 1801; M. D. George, *Catalogue*, VIII, 9723).
- XV. Los monopolizadores atrapados en su propia trampa (Williams, mayo de 1801; M. D. George, *Catalogue*, VIII, 9720).
- XVI. «Viejos amigos con nuevas caras» (Woodward, c. octubre de 1801; M. D. George, *Catalogue*, VIII, 9731).
- XVII. *Izquierda*: la Butter Cross en Witney (fotografía de Wendy Thwaites). *Derecha*, el Mercado del Trigo de Ledbury (fotografía del autor).
- XVIII. Neptune Yard, Walker, Newcastle-upon-Tyne (Departamento de Fotografía, Universidad de Newcastle-upon-Tyne).
- XIX. Relieve en yeso de la Montacute House: I.
- XX. Relieve en yeso de la Montacute House: II.
- XXI. Quema de restos en Temple Bar (de las ilustraciones de Hogarth para el *Hudibras* de Butler, 1726).
- XXII. *Skimmington* de Hogarth (de las ilustraciones de Hogarth para el *Hudibras*).
- XXIII. El doctor Syntax y los participantes en el *skimerton* (ilustraciones de Rowlandson para *Dr. Syntax*, de Combe, 1812).
- XXIV. Convocatoria a la Feria de los Cuernos (Biblioteca Británica, signatura C 121 g 9).
- XXV. Otra convocatoria (Biblioteca Británica, signatura 1851 d 9 P 91).
- XXVI. La máscara Ooser, de Dorset (Dorset Natural History and Archaeological Society, monográfico n.º 2, Dorchester, 1968).
- XXVII. «*Riding the Stang*» (Thomas Miller, *Our old town*, 1857).
- XXVIII. Banda de *lewbelling* y muñecos (*Illustrated London News*, 14 de agosto de 1909).
- XXIX. «John Hobbs, John Hobbs» (lord Crawford).
- XXX. Venta de esposa (lord Crawford).
- XXXI. Esposa atada ([F. Macdonagh], *L'Hermite de Londres*, París, 1821).
- XXXII. «Cómo los franceses y los alemanes ven a los ingleses» (*Punch*, 27 de abril de 1867).

## ÍNDICE

<i>Prefacio y agradecimientos</i> . . . . .	9
1. Introducción: costumbre y cultura . . . . .	13
2. Patricios y plebeyos . . . . .	29
3. Costumbre, ley y derecho comunal . . . . .	116
4. La economía «moral» de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII . . . . .	213
5. La economía moral revisada . . . . .	294
6. Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial . . . . .	395
7. La venta de esposas . . . . .	453
8. La cencerrada . . . . .	520
Índice alfabético . . . . .	595
Índice de láminas . . . . .	605